

LA SECUENCIA CULTURAL DE LA *CORDUBA* PRERROMANA A TRAVÉS DE SUS COMPLEJOS CERÁMICOS: LAS FASES III Y IV DEL CORTE 1 DE LA I.A.U. PRACTICADA EN EL TEATRO DE LA AXERQUÍA (1992) *

Enrique LEÓN PASTOR
Convenio Universidad de Córdoba -
*Gerencia Municipal de Urbanismo***

Resumen

En este estudio analizamos la secuencia cultural documentada en Colina de los Quemados (Córdoba), durante la Intervención Arqueológica de Urgencia practicada en 1992, en sus Fases III -Bronce Final Precolonial- y IV -Orientalizante-; matizando y precisando la secuencia estratigráfica conocida del yacimiento.

Summary

In this study we will analyse the cultural sequence documented in Colina de los Quemados (Córdoba), during the Archaeological Research Intervention carried out in 1992, in the 3rd and 4th phases, the Precolonial Late Bronze Age and the Orientalising Period; specifying and clarifying the stratigraphic sequence recorded from this site.

* Vaya por delante nuestro agradecimiento al director de la excavación, D. Juan Fco. Murillo Redondo, quien ha demostrado que no sólo es posible, sino también necesaria, la generalización de rigurosas excavaciones arqueológicas en suelo urbano, e informes de excavación acordes con el riquísimo patrimonio arqueológico de Córdoba.

** Creemos oportuno agradecer el apoyo prestado y los buenos consejos dados por el Dr. D. Juan Fco. Murillo Redondo y el Prof. Dr. D. Desiderio Vaquerizo Gil, co-directores del trabajo de investigación "LA SECUENCIA CULTURAL DE LA CORDUBA PRERROMANA A TRAVÉS DE SUS COMPLEJOS CERÁMICOS: EL CORTE 1 DE LA INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA DE URGENCIA PRACTICADA EN EL TEATRO DE LA AXERQUÍA (1992)" desarrollado durante el segundo año de los Cursos de Doctorado: "Patrimonio Natural y Arqueológico", organizados por los Seminarios de Arqueología y Geografía de la Universidad de Córdoba. Tanto la elaboración de este artículo como la mencionada investigación, de la cual se ha extractado, han sido posibles gracias al Convenio firmado entre la Gerencia de Urbanismo y la Universidad de Córdoba, por medio del cual se nos concedió una beca de investigación.

EL YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO DE COLINA DE LOS QUEMADOS-FONTANAR DE CABANOS

Los topónimos más conocidos y utilizados para nombrar la zona donde en su día se emplazó la Corduba prerromana, son “Huertas de la Salud”, Fontanar de Cabanos y Huerta de Maimón; siendo el nombre de Colina de los Quemados el habitualmente utilizado en la bibliografía científica (*Fig.1*). El terreno en cuestión es una zona amesatada al SW de la ciudad, cercana a uno de los meandros del río, que domina por completo uno de los vados del Guadalquivir. Los sectores N, E y S presentan considerables laderas, con pendientes muy acusadas, que llegan hasta las inmediaciones del río. La zona W. se desarrolla sin grandes desniveles hasta los cortados del río Guadalquivir creados por uno de sus habituales meandros¹ (MURILLO, 1994: 200).



Fig. 1: Fotografía aérea del Yacimiento. 1, Colina de los Quemados. 2, Fontanar de Cábanos.

¹ El yacimiento en su parte S. W. ha sufrido notables alteraciones a nivel topográfico, debido principalmente a la gran expansión urbanística experimentada en el último tercio del s. XX. Dicha expansión dotó a la ciudad de toda una serie de equipamientos sociales, entre los que cabría destacar los Hospitales General y Reina Sofía, distintas Facultades y residencias universitarias, y numerosos bloques de viviendas, que conforman la zona residencial conocida como Parque Cruz Conde. Este hecho provocó la destrucción de gran parte de la secuencia estratigráfica, salvaguardándose tan sólo la zona verde que da nombre a dicho barrio (MURILLO, 1994: 200; y 1996: 188).

REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA.

La primera hipótesis que intentó localizar la situación exacta del asentamiento prerromano de Córdoba pertenece al erudito Ambrosio de Morales, quién en el S. XVII se decantaba por situar dicho núcleo al interior de la Medina; mientras Fco. Ruano proponía las zonas de las Huertas de la Salud, por la presencia de una “muralla” que interpretó como “fenicia”. La primera mitad del s. XX trae consigo nuevas hipótesis, entre la cuales cabe destacar la defendida por Samuel de los Santos Gener, quien vio en los Altos de Santa Ana la ubicación idónea para el emplazamiento del asentamiento prerromano (MARCOS POU, 1977: 415-416). Será a partir de la segunda mitad del s. XX, cuando se practiquen en Córdoba toda una serie de intervenciones que conducen a ubicar definitivamente en la zona de Colina de los Quemados-Fontanar de Cábanos el emplazamiento correcto de la Corduba prerromana.

La primera publicación de índole arqueológica sobre el yacimiento es la realizada por BERNIER-FORTEA (1964) tras una serie de trabajos arqueológicos dirigidos por Rafael Castejón debido a ciertas remociones de tierras realizadas en el asentamiento para la construcción del Puente de San Rafael².

En 1966 se llevan a cabo nuevas investigaciones en la zona sur de la colina, a cargo de J. M. Luzón y D. Ruiz Mata, quienes practicaron un sondeo estratigráfico de 4 x 4 m, generando poco después una interesante publicación (LUZÓN-RUIZ MATA, 1973). Sin duda esta intervención marca un punto de inflexión en el conocimiento de la Corduba prerromana, presentando unos resultados científicos que a día de hoy puede decirse que tan sólo han sido matizados y enriquecidos por la secuencia estratigráfica del C-1 de Colina de los Quemados 92 (MURILLO, 1996)³.

LA IAU DE 1992 EN COLINA DE LOS QUEMADOS.

La intervención de 1992 planteó la realización de cinco cortes⁴; de éstos fue el denominado Corte 1 el que arrojó la estratigrafía más interesante y potente de todas las catas practicadas. En la secuencia, de casi 8 m de potencia, se distinguen diversas fases de ocupación (MURILLO, 1996): la Fase I presenta diversos materiales típicos del Calcolítico,

² Se practicaron tres catas, denominadas “Norte”, “Sur” e “Interior”, las cuales arrojan toda una serie de materiales, analizados de manera muy genérica y poco exhaustiva. De ella se puede interpretar en las “Catas Norte e Interior” una fase del Bronce Final Precolonial, otra Orientalizante y una más, encuadrada en el s. IV. a. C. por la presencia de cerámica ática de figuras rojas (MURILLO, 1994: 202-203).

³ Las revisiones realizadas por investigadores como Mendoza, Roos y Escacena “han afectado a cuestiones muy puntuales de la secuencia estratigráfica y no parecen del todo concluyentes en sus intentos de elevar las cronologías de los niveles 12, 6 y 4” (MURILLO, 1994: pp. 205-206.).

⁴ Los tres primeros -1, 2 y 3- practicados en el denominado sector S. W es un espacio poco alterado por las obras de construcción del Teatro de la Axerquía. La otra zona intervenida fue la S. E., con dos cortes planteados -4 y 5-.

y la Fase II, con un material de gran atipicidad, se encuadra en unos momentos del Bronce Pleno. Tanto una fase como la otra no se encuentran en contexto estratigráfico con unidades de habitación y sus materiales, muy rodados, tan sólo permiten confirmar el asentamiento de grupos humanos en la Colina de los Quemados desde el tercer milenio a.C. En la Fase III el material recuperado es muy abundante y significativo, caracterizado por el dominio de los recipientes con superficies cuidadas sobre vasos de tratamientos toscos y estructuras tanto de planta curva como rectangular en clara coexistencia; todo ello encuadrado en un nítido periodo del Bronce Final Precolonial.

Los inicios del Orientalizante -Fase IV- comienzan a rastrearse a partir de la UE 94, con presencia de cerámica a torno, que irá porcentualmente aumentando hasta superar la producción de recipientes a mano; al igual que en la fase anterior estructuras de planta circular y rectangular conviven en un mismo periodo de ocupación. Los momentos finales del Orientalizante se rastrean en la Fase V, donde la UE 68 excavada en capas artificiales, presenta en su capa "a" el hito cronológico más destacable de todo este nivel, importaciones de cerámica ática, pertenecientes al último cuarto del s. V a.C. Desde estos momentos los materiales cerámicos entran en unos parámetros de comportamiento muy homogéneos y son las producciones importadas las que encuadran cronológicamente las Fases VI, VII y VIII del asentamiento. De este modo el lote de cerámica griega de Figuras Rojas y de Barniz Negro fecha los niveles de la Fase VI en las últimas décadas del s. V a.C. y las primeras del IV a.C.

La producción de cerámica no importada en la Fase VII no refleja rasgos diferenciadores respecto al contexto anterior, y es el fuerte descenso de la cerámica ática junto a determinadas formas de ésta lo que sitúa cronológicamente a este momento de ocupación entre la segunda mitad del s. IV y los primeros años del s. III a.C. Por fin, la fase VIII tan sólo es identificada en la zona septentrional del corte⁵; su gran aportación al conocimiento de la evolución de la *Corduba* prerromana consiste en documentar, gracias a la cerámica campaniense, la pervivencia del núcleo indígena tras la presencia romana en el Valle Medio del Guadalquivir hasta al menos las primeras décadas del s. I a.C.

EL COMPLEJO CERÁMICO DEL BRONCE FINAL PRECOLONIAL. FASE III.

La fase III del Corte-1 de Colina de los Quemados, identificada con el Bronce Final Precolonial, se caracteriza por la presencia única y exclusiva de cerámica a mano, entre la que caben destacar "*las típicas cazuelas bruñidas, los vasos bicónicos con reborde y algún soporte de carrete*" (MURILLO, 1996).

La cerámica recuperada en las UUEE 107, 106, 105, 104, 99, 95 y 94 muestra un porcen-

⁵ El resto ha sido totalmente arrasado por las construcciones y pozos negros del arrabal califal.

taje mayoritario en favor de las cerámicas de superficies cuidadas⁶. En los niveles del Llanete de los Moros, pertenecientes a este mismo periodo (estratos IIIa-IVa), la situación porcentual coincide básicamente con los datos obtenidos en esta fase del núcleo precolonial de Córdoba, que muestra un predominio claro de las cerámicas cuidadas (MURILLO, 1994: pp.240, fig. 5.7).

Otras secuencias tradicionales del Bronce Final como El Cerro de las Cabezas (DOMÍNGUEZ *et alii*, 1988: 168) presenta valores superiores para las cerámicas cuidadas; y excavaciones como el Cerro Macareno (PELLICER *et alii*, 1983: 63-70) o Carmona (PELLICER-AMORES, 1985: 171-172) con porcentajes favorables en los niveles de Bronce Final Precolonial para los vasos de superficies no cuidadas pueden encontrarse desvirtuados⁷ (MURILLO, 1994: 241).

En el material catalogado y dibujado del C-1 de Colina de los Quemados los porcentajes⁸ de las superficies cuidadas son claramente superiores frente a los vasos de superficies toscas. Estos tratamientos presentan unas pautas muy claras de aparición, por un lado las superficies cuidadas (bruñidas, alisadas muy finas, alisadas finas o espatuladas) copan los tipos cerámicos B1 y B2, mientras los recipientes pertenecientes a los tipos B3 quedan exclusivamente representados en las superficies toscas. La aparición de uno u otro tratamiento viene dada en gran medida por la forma cerámica, es decir, ligada básicamente a la función o utilidad del recipiente, que fue advertida claramente en su momento por MURILLO (1994: 270).

Por lo general, el tratamiento de las superficies y el tipo decorativo es otro factor a considerar; de este modo las decoraciones bruñidas o de incrustación de botones metálicos se realizan, por lo general, en superficies de acabados muy cuidados, mientras que las toscas serán ornamentadas bien con incisiones, impresiones o decoraciones plásticas aplicadas (MURILLO, 1994: 240), pautas de comportamiento que se comprueban también en los materiales de la Fase III del C-1 de Quemados '92⁹.

Los datos estadísticos relacionados con las diversas decoraciones documentadas en la Fase III del C-1 de Colina de los Quemados, quedan encabezados por la técnica de

⁶ El comportamiento de los dos tratamientos, analizado en cada una de las UUEE demuestra una relativa similitud de valores en cada una de las unidades estratigráficas. Este dominio de las superficies cuidadas es un hecho, por otra parte, normal dentro de otros ambientes precoloniales del Bronce Final, y que sólo la llegada de las primeras influencias coloniales consigue invertir (MURILLO, 1994: pp.239).

⁷ El hecho de contabilizar también los fragmentos atípicos de estas cerámicas conduce en ocasiones a falsear el verdadero predominio de una familia sobre la otra, ya que las cerámicas toscas por sus mayores dimensiones y grado de fragmentación deben contabilizarse tan sólo en bordes, bases y galbos (MURILLO, 1994: 239).

⁸ Los valores son los siguientes: bruñido un 38%, espatulado un 8 %, alisado muy fino un 16%, alisado fino un 14%, alisados un 11%, los alisados toscos 11% y , por último el alisado muy tosco en un 2%.

⁹ La gran fragmentación del material con decoración recuperado en esta fase ha obligado a que, el factor decoración-tipo cerámico se deba analizar a partir de paralelos pertenecientes a otros yacimientos.

incrustación de botones metálicos (43%), seguida de la pintada monocroma, la almagra y la bruñida. Este abrumador dominio de la incrustación, coloca al yacimiento cordobés como referente indispensable de tan singular tipo ornamental¹⁰.

Las pastas documentadas en esta fase son todas ellas de tacto granuloso y áspero con tonalidades que van desde el negro hasta los tonos terrosos claro-oscuros. Los desgrasantes empleados suelen ser mica y cuarzo, típicos en los complejos cerámicos del Valle Medio del Guadalquivir¹¹ (MURILLO, 1994: 235-236). Las atmósferas de cocción están todas ellas en unos porcentajes¹² muy similares, a excepción de la cocción oxidante, algo inferior a las demás. Las temperaturas de cocción conseguidas en la elaboración de estas piezas parece que nunca debieron sobrepasar los 800° C, característica de fabricación advertidas en otros asentamientos (PELLICER *et alii*, 1983:69). El factor cocción, según los datos obtenidos, no presenta una clara relación con el tipo cerámico, tan sólo el B3 muestra unas pautas significativas, en la que la cocción alterna es algo más representativa para dicha forma cerámica.

LOS TIPOS CERÁMICOS

Las formas más habituales documentadas en la Fase III son las típicas cazuelas bruñidas y carenadas (B1); el segundo tipo más frecuente es el B3; los vasos cerrados de perfil elipsoide aplastados (B2) son el tercer grupo más representado; el recipiente tipo A3 y el soporte de carrete (C1) presentan valores poco significativos con un 3% y un 1% respectivamente.

Las formas simples (A)

La incidencia de esta forma es a todos los efectos escasa, reduciéndose a dos fragmentos identificados cada uno de ellos con el tipo A3. Este vaso cerámico de perfil globular con borde entrante suele presentar superficies cuidadas (MURILLO, 1994:264); nuestros dos recipientes, por el contrario, ofrecen acabados toscos, de cocción alterna y reductora y ornamentado uno de ellos con decoración incisa de esquemas compositivos geométricos. Sus diámetros no superan en ninguno de los dos casos los 200 mm.

Este tipo de recipientes, de cierto sabor arcaizante, han sido encuadrados en unos momentos claros del Bronce Pleno por PELLICER (1989:167) y MURILLO (1994). Para algu-

¹⁰ Una de las últimas aportaciones a este campo ha sido el artículo de síntesis elaborado por LUCAS PELLICER (1995: pp. 107-122), que pretende llamar la atención sobre esta peculiar decoración y que platea ciertas líneas interesantes de investigación como su origen europeo y su interpretación como marcador étnico-social.

¹¹ A falta de un análisis específico de pastas estos son los desgrasantes que visualmente podemos identificar.

¹² Los ambientes reductores con el 31% encabezan la lista, seguida del nervio de cocción con un 28%; la alterna y la oxidante se reparten el 23% y 18% respectivamente.

nos autores la presencia de este tipo cerámico en asentamientos de primer orden representa la pervivencia de una forma cerámica de gran representatividad en contextos andaluces Calcolíticos y del Bronce Pleno (MURILLO, 1994:267). Por tanto su aparición en estas UUEE del Bronce Final en Colina de los Quemados¹³ queda sobradamente justificada, tanto por la Fase I identificada en el C-1 de Colina de los Quemados'92 (MURILLO, 1994:207), que refleja una primera ocupación Calcolítica del yacimiento, como por el Nivel 18, de este mismo yacimiento, encuadrado a finales del II milenio, y perteneciente a la intervención de LUZÓN-RUIZ MATA (1973).

Las formas compuestas (B)

El tipo B1

Comúnmente denominadas “cazuelas carenadas”. El B1 se erige como uno de los tipos cerámicos característicos de los contextos del Bronce Final, presente en la práctica totalidad de los asentamientos de época Tartésica. El grado de desarrollo del reborde, según la tipología que seguimos para el análisis de esta fase (MURILLO, 1994:270 ss.) conduce a reconocer tres Subtipos B1.1, B1.2 y B1.3. (Fig. 2), con numerosas Variantes¹⁴.

El tratamiento de las superficies lo define como el recipiente cerámico por excelencia de acabados cuidados e identificado con la vajilla de mesa del momento (MURILLO, 1994: 289). La media de los diámetros queda fijada en los 218 mm, con un máximo de 380 mm. y un mínimo de 89 mm. La única decoración documentada en fragmentos diagnosticables pertenece a la técnica del esgrafiado, si bien se puede intuir, gracias a numerosos paralelos, otros tipos ornamentales como el bruñido o la incrustación de botones metálicos.

Los porcentajes obtenidos, de los diversos subtipos en el C-1 de Colina de los Quemados¹⁵ se asemejan, en gran medida, a los obtenidos en La Saetilla (MURILLO, 1994: 283), donde las pautas de comportamiento de los subtipos seguían la línea marcada en la última fase de Vega de Santa Lucía.

En la Fase D de Vega de Santa Lucía los porcentajes¹⁶ en relación a los Subtipos del B1 son favorables para el B1.1, seguidas del B1.2 y del B1.3 con valores muy similares (MURILLO, 1994:278). La Saetilla ratificaba las líneas de comportamiento advertidas en el anterior asentamiento, el B1.1 (16,4%) dejaba de ser el Subtipo dominante en el conjunto de

¹³ En el Llanete de los Moros se documenta este tipo cerámico en los Estratos III y IV, el primero de ellos encuadrado en el Bronce Final (MARTIN DE LA CRUZ, 1987: 172-175).

¹⁴ Las tablas de Variantes quedan representadas en las figuras 5.27, 5.29 y 5.32 de MURILLO (1994: 270 ss).

¹⁵ La tabla de porcentajes están encabezados por el B1.2 con el 52% del total, seguidos del B1.1 con un 28% y un 16 % para el B1.3.

¹⁶ Los porcentajes en relación a los Subtipos del B1 son : 1,84% para el B1.1, seguidas del B1.2 con el 6,45% y un 0,90% para B1.3 (MURILLO, 1994:278).

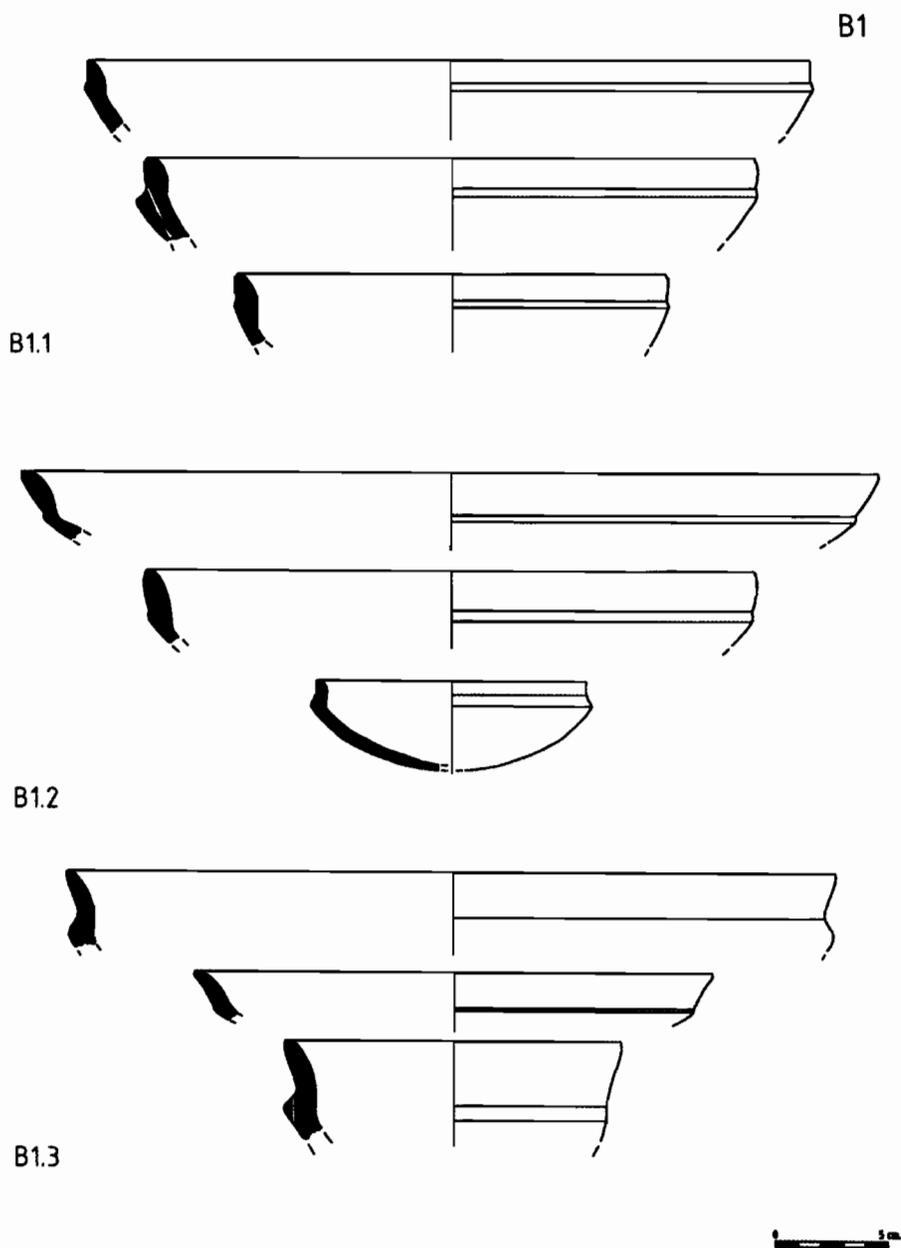


Fig. 2: Tabla tipológica cerámica a mano Tipo B1. Colina de los Quemados '92, Fase III; s. IX-VIII a.C.

materiales pertenecientes al tipo B1, a favor del B1.2 (71,6%), mientras que el B1.3 se ratificaba, con el 10,8%, como un subtipo en alza (MURILLO, 1994:283). Ciñéndonos a los niveles anteriores al impacto colonial, los datos estadísticos reflejan un claro dominio del B1.2 y una situación porcentual casi idéntica para el B1.1 y B1.3.

En otro sentido, los tipos de reborde constatados en Colina de los Quemados se muestran en unos porcentajes muy similares, tanto los rectos, como los cóncavos y convexos se reparten casi equitativamente el número de apariciones¹⁷.

La suavidad de los perfiles es una característica formal interesante; este hecho se puede rastrear en poblados con una ocupación importante del Bronce Final, en la que los momentos más antiguos de este periodo presentan perfiles más acusados que los documentados en contextos ya cercanos al impacto orientalizante (MURILLO, 1994:291-292). Colina de los Quemados se encuadra dentro de esta línea evolutiva de la vajilla tartésica con paralelos tipológicos similares en Cabezo de San Pedro (RUIZ MATA, 1981:230-254) Carmona (PELLICER- AMORES, 1985: 126 ss); Cerro de las Cabezas de Santiponce (DOMÍNGUEZ *et alii*, 1988: 158-162.); o Cerro Macereno (PELLICER *et alii*, 1983: 68-71, fig. 78).

El tipo B2

Vaso cerrado de perfil elipsoide aplastado y reborde, es considerado como un tipo de vajilla muy común en los complejos cerámicos del Bronce Final del Occidente Andaluz (Fig. 3). Este dato contrasta con su frecuencia de aparición muy baja en relación a otros tipos cerámicos, y con una distribución espacial algo irregular (MURILLO, 1994:293)¹⁹.

En el C1 de Colina de los Quemados 92, los porcentajes de la Fase III son, para este tipo, del 14%. Todos los efectivos recogidos presentan en la zona exterior de los recipientes tratamientos superficiales muy cuidados, en especial bruñidos y alisados muy finos, que vienen a representar casi el 90% del total²⁰.

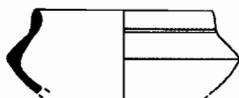
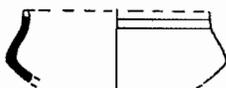
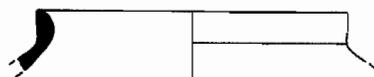
El diámetro medio apenas alcanza los 200 mm., teniendo su valor máximo en 290 mm. y el mínimo en 80 mm. Esta intervención no ha documentado ni un sólo fragmento diagnosticable con elementos decorativos perteneciente al modelo B2, aunque debemos considerar que algunos de los fragmentos con decoración -atípicos y galbos-, podrían pertenecer a recipientes encuadrables en este vaso cerámico, muy dado a la ornamentación,

¹⁷ Si introducimos la variante formal los resultados son los siguientes: los rebordes rectos se presentan en los tres Subtipos del grupo B1, apreciándose el máximo en el B1.2; los cóncavos, presentes en las tres variantes formales, tiende a realizarse en el B1.3; por último los convexos no tienen presencia en B1.3 y de valores similares en el B1.1 como el B1.2.

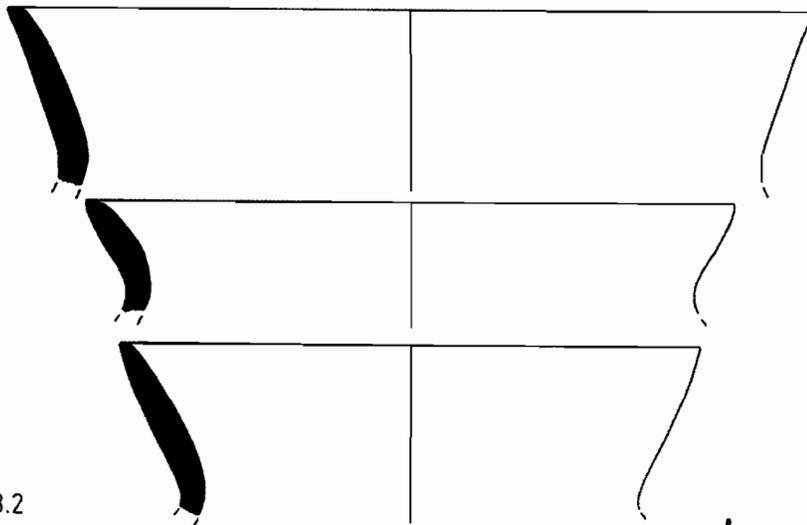
¹⁹ Los porcentajes máximos se muestran en el Valle del Guadalquivir, baja notablemente en la zona de la Campiña y apenas está presente en la zona Norte y la Subbética.

²⁰ En ningún caso se ha constatado la presencia de superficies poco cuidadas. La zona interior sigue un comportamiento similar, aunque bajan los efectivos de los bruñidos y alisados muy finos.

B2



B3



B3.2



Fig. 3: Tabla tipológica cerámica a mano Tipos B2 y B3. Colina de los Quemados '92, Fase III; s. IX-VIII a.C.

especialmente incrustación de botones y decoración pintada monocroma (MURILLO, 1994:295).

Los Subtipos quedan encabezados por el B2.2 con tres cuartas partes del total, quedando el resto del porcentaje en manos del B2.1, no detectando en ningún momento el Subtipo B2.3, que por otra parte se muestra como una variable formal poco frecuente en el contexto Tartésico del Bronce Final Precolonial (MURILLO, 1994:295). En Vega de Santa Lucía el tipo B2 presenta unos porcentajes relativamente bajos en la fase más antigua del yacimiento, destacando un considerable aumento en la C y D, para de nuevo volver a retroceder en los últimos momentos de la ocupación del Fondo 8. Si se analizan los Subtipos B2.1 y B2.2 comprobamos que aparecen durante toda la secuencia estratigráfica; las diferencias estriban en el comportamiento a lo largo de las mismas. Por un lado el B2.1 domina en la Fase A y B, papel que dejará en manos del B2.2 en las dos siguientes fases C y D (MURILLO, 1994: 295). Este último dato coincide con el comportamiento de las variantes formales de la Fase III de Quemados 92, en el cual el dominio del Subtipo B2.2 es palpable.

Los rebordes rectos para el tipo B2 son los mejor representados, mientras que tanto los cóncavos como los convexos presentan unos porcentajes muy similares. Los bordes por lo general suelen aparecer engrosados, aunque no faltan los redondeados y algún que otro apuntado.

La comparecencia del B2 en otros yacimientos del Bronce Final no está del todo generalizada con significativas ausencias como la protagonizada en el asentamiento onubense del Cabezo de San Pedro (MURILLO, 1994:295). Al poblado de Monte Berrueco (ESCACENA-FRUTOS, 1987:71, fig. 25: 163) pertenecen algunos recipientes del B2, datados en el Bronce Pleno, los cuales han sido considerados como el prototipo del modelo (MURILLO, 1994: 296). Setefilla también ostenta fragmentos en contextos estratigráficos de la segunda mitad del II milenio a.C., (AUBET *et alii*, 1983: Fig. 15 nº 1); de fechas y contextos similares podemos indicar los recipientes datados entre 1300-1200 a.C. del estrato II de Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1987: fig. 20: nº 94), y de una cronología posterior²¹ un fragmento fechado en torno al 980 a.C. (MARTIN DE LA CRUZ, 1987: fig. 22: nº 114). Carmona arroja unas cronologías del s. X y del s. VIII a.C. (PELLICER-AMORES, 1985:113 nº 142 y pp. 114 nº 193); Torre de Doña Blanca presenta una cronología del s. VIII (RUIZ MATA, 1986:241-263). Y la intervención de LUZÓN-RUIZ MATA (1973: lam. V, b) en Colina de los Quemados proporcionó un recipiente del Tipo B2 perteneciente al estrato 16, con una cronología del X-IX a.C. Por tanto el marco cronológico de esta forma, abarca principalmente los siglos IX-VII a.C. (MURILLO, 1994:293-297), recordando eso sí los prototipos detallados más arriba en momentos anteriores al Bronce Final Precolonial.

²¹ Estrato IIIa de Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1987).

El Tipo B2 no deja de lado cierta controversia, que nace de la cronología, excesivamente baja, propuesta para algunos recipientes de Setefilla, que cuenta, como hemos podido comprobar, con fragmentos desde el Bronce Pleno. Aubet alarga el espacio cronológico del tipo hasta finales del s. VI para vasos tanto del poblado (AUBET *et alii*, 1983) como de los Túmulos A y B (AUBET, 1975:153 ss). Esta cronología se refleja en la historiografía con posturas divergentes, por un lado, investigadores como ESCACENA (2000: 213 ss) no ven ningún tipo de problema a la hora de encuadrar ciertos materiales de clara raigambre precolonial en la datación dada por la excavadora; del otro lado, MURILLO (1994:297) opta por retrasar la cronología de la “necrópolis de base”²² y en consecuencia la de sus materiales a momentos del s. VIII o inicios del s. VII a.C.

El tipo B3

Recipiente de perfiles cerrados de tendencia elipsoide u ovoide con base plana; generalmente presenta la pasta cerámica muy poco depurada, en la que dominan los desgrasantes grandes o muy grandes y las cocciones irregulares. Los tratamientos cerámicos del recipiente suelen ser toscos y en muy contadas ocasiones pueden documentarse superficies cuidadas (MURILLO, 1994:253 y 297).

El Tipo B3 representa el segundo grupo formal más habitual de los identificados en la Fase III de Colina de los Quemados '92 (Fig. 3), y sus características de fábrica en ningún momento se apartan de las descritas anteriormente²³. El diámetro presenta unos módulos sensiblemente inferiores a los que refleja Vega de Santa Lucía y algo más cercanos a los de La Saetilla (MURILLO, 1994: 298), lo que no evita que nos encontremos ante un recipiente cerámico generalmente de gran diámetro.

Los valores para las tres fases más antiguas del tipo B3 en el yacimiento cordobés de Vega de Santa Lucía reflejan un comportamiento relativamente diferente al registrado en el C1 de Colina de los Quemados '92. Sus porcentajes oscilan entre el 45% y el 33% y se documenta a lo largo de las cuatro fases del “Fondo” 8. El B3, tipo más frecuente del yacimiento, tan sólo es superado en la Fase D por el B1 (MURILLO, 1994:297-298), comportamiento que coincide en este momento con los porcentajes obtenidos en la Fase III de nuestro corte.

Los Subtipos de Quemados 92, identificados en relación al desarrollo que presentan los rebordes, ofrecen un claro dominio del B3.2, seguido del B3.1. Los recipientes del Subtipo B3.3 no han hecho acto de presencia en este corte, aunque debemos señalar la

²² Aspecto a reseñar es su filiación a contextos claramente funerarios, como el caso ya visto de Setefilla o el documentado en la Necrópolis de las Cumbres (RUIZ MATA-PÉREZ, 1990: lámina I 294) datado en los años centrales del siglo VIII a. C., que prueban una funcionalidad de contenedor funerario para el Tipo B2.

²³ Hemos contabilizado cómo entre los materiales del C1 de Colina de los Quemados en un 50% de los casos los recipientes presentan desgrasantes muy grandes, mientras que medianos y grandes obtienen el 22% y 28% respectivamente.

aparición de estos en la intervención de LUZÓN Y RUIZ MATA (1973: Lam. III, a-c) en un contexto estratigráfico anterior al impacto de los influjos orientales, Estrato 14 (LUZÓN Y RUIZ MATA, 1973: 14).

El análisis de los subtipos en Vega de Santa Lucía muestra un claro dominio del B3.1, mientras que el B3.2 se asienta en los últimos momentos de ocupación del Fondo 8. Esta pauta de comportamiento queda corroborada en la posterior valoración de MURILLO (1994: tabla 5.10, pp.298; figs. 5.47 y 5.48) realizada en relación a otros yacimientos como Saetilla, Llanete de los Moros o Cabezo de San Pedro, donde la presencia del B3.2 es muy característica en contextos inmediatamente anteriores a los influjos coloniales.

Los rebordes para el Subtipo B3.1 por lo que respecta a la muestra de nuestro corte, son mayoritariamente rectos con determinados ejemplos de convexos. Los bordes, por su parte, se reducen a redondeados y algún que otro engrosado²⁴. El Subtipo B3.2 comparece con unos diámetros algo mayores pero sin un predominio claro de las grandes dimensiones, las superficies no presentan mejores tratamientos, pastas y cocciones siguen la línea deficiente marcada e intrínseca para el grupo cerámico. Una clara disminución del reborde convexo con el paralelo aumento del cóncavo parece intuirse en los ejemplares de Quemados 92. Los bordes apuntados, redondeados, engrosados y biselados son los únicos documentados para nuestros recipientes B3.2.

La secuencia estratigráfica de Monte Berrueco presenta entre los materiales dibujados algunos recipientes pertenecientes al B3.2 (ESCACENA-FRUTOS, 1985:7-90; fig. 26, nº 172, 178; fig.30 nº 211) en un contexto del Bronce Final Precolonial. Posteriormente se generaliza el Subtipo B3.3²⁵ coincidiendo con las primeras cerámicas a torno. El asentamiento de San Bartolomé de Almonte, en Huelva, permitió recuperar un buen número de ejemplares, los cuales siguiendo el sistema de catalogación iniciado por RUIZ MATA (1979) en el Cabezo de San Pedro vinieron a completar las tipologías cerámicas iniciadas en el mencionado yacimiento onubense. Los recipientes de superficies toscas de funcionalidad culinaria (RUIZ MATA-FERNANDEZ JURADO, 1986:189 ss.) que corresponden básicamente a los Subtipos identificados por MURILLO (1994: 305) como B3.1 y B3.2. son característicos de la Fase I datada en el Bronce Final Precolonial, y de la Fase I-II, clasificada de transición al Orientalizante, con presencia ya de la cerámica a torno. En Carmona se documentan los Subtipos B3.1 y B3.2 desde mediados del s. VIII hasta la mitad del s. VI a.C. (PELLICER-AMORES, 1985:133, fig. 47: 12), más concretamente desde los niveles 8 y 7 del Corte B y niveles 22-18 del Corte A (PELLICER-AMORES, 1985: fig. 15: 6; fig. 20:2). El Subtipo B3.3 se manifiesta en los años iniciales de la influencia oriental (PELLICER AMORES, 1985:fig. 16: 6 y fig. 54,f).

²⁴ Del mismo modo que indicábamos en tipos cerámicos anteriores, el número de recipientes contabilizados (17) nos hacen desistir en valoraciones porcentuales mucho más detalladas y minuciosas.

²⁵ (ESCACENA-FRUTOS, 1985:fig. 33 nº 266)

En resumen, las cronologías se encuadran básicamente desde los primeros momentos del Bronce Final para el Subtipo B3.1, como demuestra la secuencia estratigráfica de Vega de Santa Lucía, y el S. VIII a.C para el Subtipo B3.2 (MURILLO, 1994:306). El Subtipo B3.3 acarrea ciertas discrepancias debido, fundamentalmente, a la aparición de este recipiente en niveles Precoloniales de Colina de los Quemados correspondientes a la intervención de Luzón y Ruiz Mata. La postura de MURILLO (1994:306) se centra en ver al Subtipo B3.3 como la evolución natural de dicha forma cerámica, en la línea de lo advertido con las “cazuelas carenadas” (B1); mientras que ESCACENA (1987:292-293), prefiere adelantar la cronología del Estrato 14 a inicios del Orientalizante, aunque las producciones torneadas no hacen acto de presencia hasta el nivel 12.

Particularmente pensamos que tanto una propuesta como la otra pueden ser las dos caras de una misma moneda. Por un lado es innegable la evolución formal del B3 hacia los perfiles del Subtipo B3.3 en la zona del Valle Medio del Guadalquivir sin la necesidad de conocer recipientes orientales de morfología similar -p. ej. “Vaso Chardon”-. Pero, si que pudo igualmente, el mencionado vaso semítico acelerar y reafirmar el proceso evolutivo de la forma²⁶ en el Bajo Guadalquivir.

LAS DECORACIONES EN LA CERÁMICA AMANO

El material cerámico con decoración recuperado en la Fase III presenta una grandísima fragmentación, que impide adscribirlos a determinadas formas cerámicas. Como se advirtió en las primeras líneas del capítulo, esta relación solamente la podemos intuir a partir de recipientes con decoración recuperados en otros yacimientos y las sistematizaciones de las diversas decoraciones típicas de los contextos del Bronce Final en Andalucía.

Incrustación de botones metálicos

La incrustación “*muy poco valorada en los contextos tartésicos de Andalucía Occidental*” (MURILLO, 1994:326) ha sido enriquecida bibliográficamente en un reciente estudio de sistematización específico para el tipo realizado por LUCAS PELLICER (1995:107-119).

Básicamente la decoración consiste en la aplicación o incrustación de elementos metálicos (LUCAS PELLICER, 1995:116-117). Las cerámicas con esta ornamentación recuperadas en el C-1 de Colina de los Quemados presenta exclusivamente botones laminares, los cuales quedan fijados a la pasta cerámica por presión en el barro antes de la cocción²⁷. Las

²⁶ Su evolución se constata en el progresivo desarrollo de los rebordes

²⁷ Algunos análisis en profundidad de recipientes con botones de otros asentamientos han puesto de manifiesto como estos vasos nunca fueron cocidos a más de 800° C., ya que temperaturas más elevadas suponían la pérdida del elemento metálico (LUCAS PELLICER, 1995: 116-117).

superficies de estas cerámicas presentan unos acabados muy cuidados, en especial alisados finos, muy finos o bruñidos.

Los motivos decorativos tienden a marcar las arquitecturas de los vasos, especialmente se utilizan líneas circundantes que marcan la línea de carena, rosetas, aspas y otros motivos geométricos, todos ellos impregnados de una estética sobria pero de gran belleza, jugando con el contraste entre la superficie cerámica y el elemento metálico (LUCAS PELLICER, 1995:116-117).

Uno de nuestros fragmentos parece estar ornamentado con una posible roseta soliforme (*Fig.4: 1b*), cuyo paralelo más cercano lo encontramos en Vega de Santa Lucía (MURILLO, 1987:fig. 2,6). Otro de ellos muestra una posible aspa o cruz gamada (*Fig.4: 1c*), y en un último e interesante ejemplar se desarrolla una línea de botones en la carena del recipiente desde la cual nace un juego de alineaciones de botones paralelas (*Fig.4: 1a*).

El área de aparición de esta técnica decorativa queda totalmente vertebrada por el Valle Medio del Guadalquivir, más allá de este espacio geográfico resulta escasa o simplemente inexistente (MURILLO, 1994:326); tan sólo en otra zona como es la Vega de Granada se presenta una nueva concentración del tipo decorativo (LUCAS PELLICER, 1995: 116-117)²⁸.

Yacimientos como Llanete de los Moros (MARTÍN DE LA CRUZ, 1987:figs. 21,35 y 42), Túmulo A de Setefilla (AUBET, 1975: fig. 48:2), Mesa de Setefilla (CARRASCO *et alii*, 1985: fig. 24:2), Cerro de los Infantes (PACHON *et alii*, 1979: fig. 14 n° 2-4), o Cerro de la Miel (CARRASCO *et alii*, 1985:fig. 9: 30 y fig. 24:11) documentan vasos con botones metálicos. Las distintas formas cerámicas en las cuales se aplica la incrustación de piezas metálicas quedan resumidas en la fig. 5 de LUCAS PELLICER (1995:122), que básicamente corresponderían a nuestros tipos B1 y B2.

El nacimiento de los botones parece, por tanto, ubicarse en torno al s. X y IX a.C., muy vigente durante el VIII a.C. y con posibles perduraciones en el S. VII a.C. en Setefilla, aunque generalmente el impacto Colonial coincide con la desaparición de la misma (MURILLO, 1994: 328) al menos en el Valle medio del Guadalquivir.

Decoración Bruñida

Tan sólo dos fragmentos de la Fase III se encuentra ornamentados con motivos bruñidos en la superficie del vaso cerámico. El primero de ellos (*Fig.4: 3b*) presenta un interesante motivo equiparable al B' XXI de LOPEZ ROA (1978: 173) y en la línea decorativa de ciertos diseños del Cerro Macareno (PELLICER-AMORES, 1985: fig.56). Paralelos para el segundo individuo, con la clásica retícula bruñida (*Fig.4: 3a*), se encuentran fácilmente en

²⁸ Esta autora cree también intuir en la "vía de la Plata" una ruta de transmisión de los botones hacia otros territorios como la zona oeste de la meseta, donde reaparece el tipo decorativo durante el Hierro II.

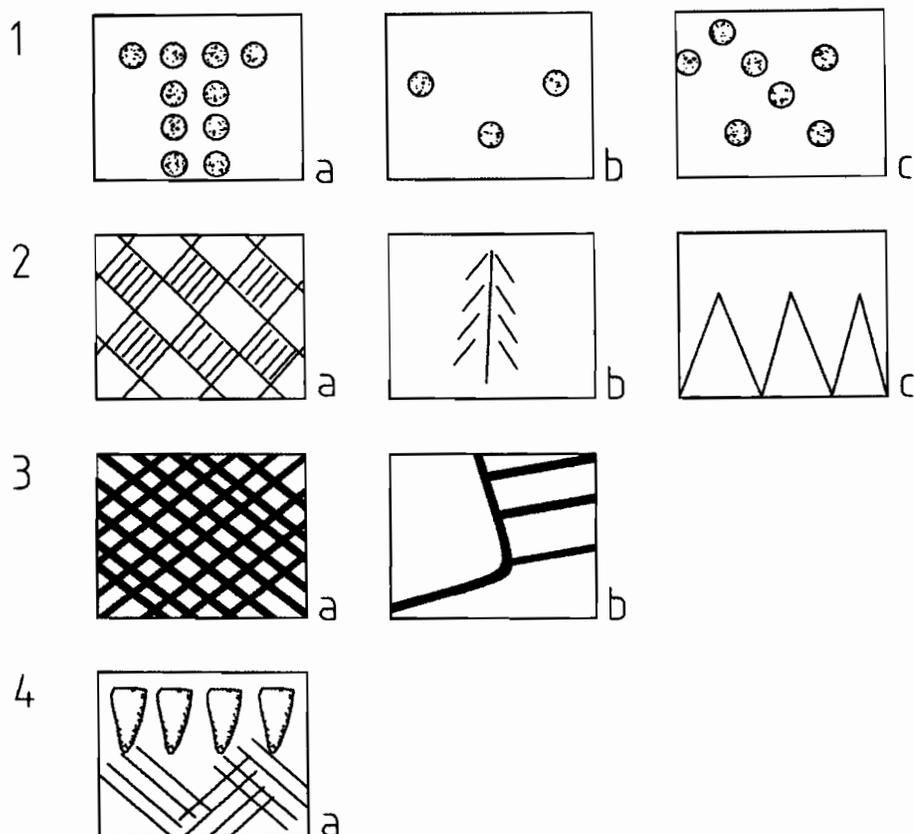


Fig. 4: Motivos decorativos cerámica a mano. Colina de los Quemados '92, Fase III; s. IX-VIII a.C. 1, Incrustación de Botones Metálicos. 2, Cerámica Esgrafiada. 3, Cerámica Bruñida. 4, Cerámica Impresa, Peinada y D.P.S.

yacimientos como Vega de Santa Lucía en la Fase C del Fondo 8 (MURILLO, 1994:fig. 4.26: nº 104) o La Saetilla, que desde niveles precoloniales documenta decoraciones bruñidas (MURILLO, 1994:fig. 4.81: nº 343).

Las superficies muy cuidadas evitan los bruñidos para resaltar los diseños ejecutados con un instrumento de punta roma. La excavación de LUZÓN Y RUIZ MATA (1973) recuperó ciertas piezas del tipo pero en contextos ya Orientalizantes, Estrato 12 (LUZÓN Y RUIZ MATA, 1973: Lam. XV: h, i, j, k).

Incisa, peinada e impresa

Los tres tipos decorativos son especialmente característicos de los recipientes de tratamientos toscos, en los que suelen combinarse, formando esquemas compositivos muy barroquizados y relacionados con el sustrato del neolítico andaluz (MURILLO, 1994: 334). El origen autóctono fue reafirmado para estas cerámicas del Bronce Final por ESCACENA (1980:207) y PELLICER (1980: 314), que descartan posibles influencias célticas.

Los recipientes del Tipo B3 son los soportes más comunes para practicar estas decoraciones (MURILLO, 1994: 332). La Fase III de Colina de los Quemados documenta algunos fragmentos con estas ornamentaciones pero la mayoría de ellos indistinguibles²⁹; todos ellos exhiben tratamientos poco cuidados, generalmente alisados toscos y muy toscos.

Su presencia en las secuencias estratigráficas andaluzas del Bronce Final Precolonial es relativamente frecuente, pero el gran auge de estas cerámicas se produce en fechas posteriores³⁰. Vega de Santa Lucía recoge fragmentos con estas decoraciones aunque no muy numerosos (MURILLO, 1994); el yacimiento de la Saetilla reafirma su intensa aparición conjuntamente con las cerámicas a torno; sin olvidar tampoco el importante, pero descontextualizado, lote de 57 piezas recuperado en el Monte Horquera (MORENA, 2000: pp.101-150). Las cronologías propuestas abarcan desde el cambio de milenio hasta mediados del VII a.C. (MURILLO, 1994).

Decoraciones Esgrafiadas

Esta ornamentación puede considerarse como una variante de la incisa, su principal diferencia radica en el momento de realizar el motivo decorativo, que en este caso siempre es ejecutado posterior a la cocción con algún elemento punzante (MURILLO, 1994). Los fragmentos recuperados en la Fase III, con decoraciones esgrafiadas, presentan tratamientos superficiales cuidados, bruñidos, alisados finos o muy finos.

El primer ejemplo del C-1 de Colina de los Quemados podría identificarse con el Subtipo B1.3. En la superficie muy cuidada del vaso se acogen unas composiciones ornamentales que nos hacen recordar los motivos de las cerámicas pintadas monocromas (*Fig.4: 2a*). Las líneas dispuestas en paralelo se entrelazan formando pequeños espacios romboidales que alternan interiores sin decoración con otros de pequeños entramados con cinco trazos rectilíneos. Los paralelos decorativos más cercanos pertenecen a recipientes a mano pintados, el primero de ellos el publicado por RUIZ MATA (1988 a: Fig. 7 nº 5) y el fragmento nº 1 Fig. 87 de CABRERA (1981: 335).

²⁹ Nuestra pieza más significativa presenta cerca de la suave línea de carena las impresiones de algún instrumento de perfil triangular, debajo de las que se realizan diversas decoraciones peinadas en sentido vertical y oblicuo (*Fig. 4*).

³⁰ La intervención de LUZÓN Y RUIZ MATA (1973) sólo presentaban en el Nivel 12, vasos con impresiones o incisiones, pertenecientes ya a los primeros momentos del impacto Colonial.

Otro testimonio de vasos esgrafiados, encuadrable en la variante formal B1.3, es el ornamentado con un sencillo motivo en forma de espiga (*Fig.4: 2b*). Esta decoración es frecuente en la cerámica a torno pintada, clasificada por Escacena como motivo 47, al cual otorga orígenes y precedentes netamente orientales (ESCACENA, 1987:1063). El diseño que presentamos puede y debe considerarse bien como un motivo ornamental dentro del repertorio formal precolonial indígena, que posteriormente se transmite a la cerámica ibérica, bien como una muestra más de posibles influencias orientales anteriores a la llegada de los productos a torno, con las llamadas “mercancías invisibles”. Al tratarse de un motivo muy abstracto y esquemático, que simula representaciones de espigas o elementos vegetales, debemos considerarlo como un ornamento de origen autóctono, al cual se le pueden rastrear precedentes en ciertas composiciones del Campaniforme (SERNA, 1990:Fig.3: nº 3 y 9).

El tercer y último ejemplar es una cazuela carenada (B1.3) con un sencillo friso esgrafiado de trazo continuo triangular (*Fig.4: 2c*), su paralelo más cercano lo hallamos en el también yacimiento cordobés de Llanete de los Moros, que según su excavador estaría perpetuando motivos decorativos de sabores calcolíticos (MARTÍN DE LA CRUZ, 1990: 132-133, Fig. 8).

Estos tres recipientes nos hacen vislumbrar una posible vajilla de segunda fila en relación a otros productos cerámicos considerados de lujo, como los vasos con decoraciones bruñidas o pintadas monocromas, de las cuales adoptan sus motivos y esquemas decorativos; su cronología, por tanto, iría pareja a estas otras producciones a las cuales imitan.

LA INFLUENCIA COLONIAL, LAS PRIMERAS PRODUCCIONES A TORNO EN COLINA DE LOS QUEMADOS. FASE IV.

El periodo Orientalizante viene definido por las UUEE 94-77, en las cuales se puede apreciar la disminución progresiva de la vajilla a mano a favor de las producciones a torno. Desde la UE 94 las cerámicas a torno están presentes en la secuencia estratigráfica, si bien es cierto que los porcentajes de estos productos no se hacen verdaderamente significativos hasta la UE 92.

*La Cerámica a mano*³¹

A lo largo de la fase IV la vajilla a mano entra en una situación de franco retroceso, la cual al final de la secuencia estratigráfica de este momento -UE 77- podemos señalar como testimonial, completamente sustituida por las producciones torneadas.

³¹ El aumento que se observa de la vajilla a mano en las UUEE 91 y 85 no parece tener mayor importancia, y obedece a la intensa actividad constructiva de este momento, donde las estructuras de cada una de las subfases apoyan las unas sobre las otras, provocando la constante remoción de tierras y la eliminación de parte de la secuencia estratigráfica (MURILLO, 1996).

Las pautas de comportamiento advertidas durante este momento han variado sustancialmente en relación con lo visto en la Fase III. Por un lado el Tipo B2 no es documentado en ninguna de las UUEE, el tipo B1 ha sufrido un importante retroceso y es el Tipo B3 el que aporta el mayor número de efectivos. El dominio de las cerámicas superficies toscas sobre las cuidadas también se hace patente en esta Fase IV de Colina de los Quemados.

Las decoraciones que solían aplicarse a recipientes de superficies cuidadas retroceden en sus porcentajes, apreciándose tan sólo un pequeño aumento en la decoración bruñida; ornamentaciones como la incisión, la impresión o las digitaciones serán mucho más frecuentes ahora, cuando los recipientes del tipo B3, muy dados a ellas, se documentan con mayor asiduidad.

Analizando la presencia de cada una de las decoraciones en las diversas UUEE de la Fase IV, se observa cómo el peso de la tradición anterior es todavía sustancial en la UE 94, donde las típicas decoraciones del Bronce Final Precolonial, como la incrustación de Botones o la almagra, están aún presentes. El porcentaje mínimo de la cerámica a torno, en esta UE, puede considerarse señal indicativa de que los contactos comerciales, que conducen a la aparición de los primeros recipientes torneados, han comenzado a ponerla en circulación por esta zona del Valle Medio del Guadalquivir. Este hito cronológico se ha venido fechando, para Córdoba, en el tránsito del siglo VIII al VII a.C. (MURILLO, 1994:340). Progresivamente y paralelo al aumento de los productos orientalizantes, las decoraciones típicas de ese Bronce Final Precolonial van extinguiéndose a lo largo las distintas UUEE del periodo Orientalizante.

Los tipos cerámicos.

La forma B1

Sin entrar en detalles morfológicos, analizados en el capítulo anterior, nos limitaremos a señalar las características apreciadas en las cazuelas carenadas de superficies cuidadas en esta Fase IV y a detallar algunos contextos estratigráficos similares al nuestro.

Los subtipos del B1 habían mostrado en la Fase III una clara tendencia evolutiva relacionada con el progresivo aumento de los rebordes. La Fase IV no deja de ser menos, y los porcentajes pertenecientes al B1.2 y B1.3 son en este momento mayoritarios en relación a la forma cerámica con menor grado de desarrollo del reborde, es decir, el B1.1³² (Fig. 5).

Las cocciones parecen mostrar un significativo aumento de las oxidantes y la suavidad de los perfiles se reafirma como una característica permanente en las cazuelas carenadas de este momento³³.

³¹ El B1.3, que se acercaba cuantitativamente al los valores del Subtipo B1.1 en la Fase III, supera con creces ahora a esa variante formal y el vaso cerámico B1.2 se mantiene prácticamente en los porcentajes documentados ya en el Bronce Final Precolonial.

³² El número de efectivos no aconseja realizar análisis porcentuales muy en profundidad en relación a bordes, carenas, etc.

No se ha documentado ningún tipo decorativo en la forma B1 de la fase IV, si bien creemos intuir que los cuatro fragmentos con decoración bruñida que se recogen en el informe de la excavación (MURILLO, 1996)³⁴, podrían pertenecer a estos vasos cerámicos. Los posible paralelos en este sentido no son ni mucho menos escasos sino más bien todo lo contrario. Encontramos recipientes con decoración bruñida y en contextos estratigráficos ya orientalizados como La Saetilla (MURILLO, 1994: fig. 4.81), Setefilla (LADRON DE GUEVARA *et alii*, 1992:293-204), Carmona (PELLICER-AMORES, 1985:140ss) o Cerro Macareno (PELLICER *et alii*, 1983:fig. 68) entre otros muchos asentamientos. Su cronología no parece ir más allá del s. VI a.C y es frecuente ver extrapolada esta decoración en platos de cerámica gris³⁵ (VALLEJO, 1999: 85-100).

En resumen, las cazuelas carenadas en este ambiente son una especie en franco retroceso; los productos a torno de formas abiertas y superficies cuidadas como las cerámicas grises o de engobe rojo van sufriendo poco a poco a la vajilla tartésica de mesa. Esta paulatina extinción suele centrarse durante los ss. VII y VI a.C. (DOMÍNGUEZ *et alii*, 1988: 158-162) y más allá de esta frontera cronológica se pueden considerar elementos residuales de poca importancia.

El tipo B3

En esta Fase IV este recipiente se hace mayoritario dentro de los porcentajes de la cerámica a mano, debido fundamentalmente al retroceso advertido en los recipientes de superficies cuidadas.

Los Subtipos del B3 (*Fig. 5*) presentan en estos momentos ciertas diferencias con los recipientes de esta misma forma cerámica analizados anteriormente. Por un lado, se documentan en los bordes de los recipientes B3 superficies bruñidas, alisadas finas y espatuladas, que no ofrecían los individuos de esta misma familia en la fase anterior y, por otro, la presencia de estos acabados se centra exclusivamente en los subtipos B3.2 y B3.3. Las pastas cerámicas siguen siendo poco depuradas y con una presencia abrumadora de desgrasantes muy grandes. Los diámetros continúan caracterizados por las grandes dimensiones, pero se documentan otros sensiblemente inferiores a la media general del tipo.

Los paralelos para estos recipientes son muy numerosos, entre los que caben reseñar la fig. 15:6 y fig. 26:1 de Carmona (PELLICER-AMORES, 1985); Cerro Macareno en las figs. 62, 67, 70 y 76 (PELLICER *et alii*, 1983); el Trobal (RUIZ MATA-GONZALEZ RODRÍGUEZ, 1994: fig.4); Setefilla en la fig. 4 de LADRON DE GUEVARA *et alii* (1992) o fig.40: 236 de

³⁴ Su ausencia dentro de las cajas de material seleccionado y la presencia de ciertas bolsas pertenecientes a otra intervención nos ha impedido analizar dichos fragmentos, hecho que intentaremos solucionar con una más detallada búsqueda en los fondos del museo que hasta la fecha no ha podido realizarse.

³⁵ Fenómeno que se refleja en este Corte 1 de Quemados '92 en un magnífico ejemplar de la fase V.

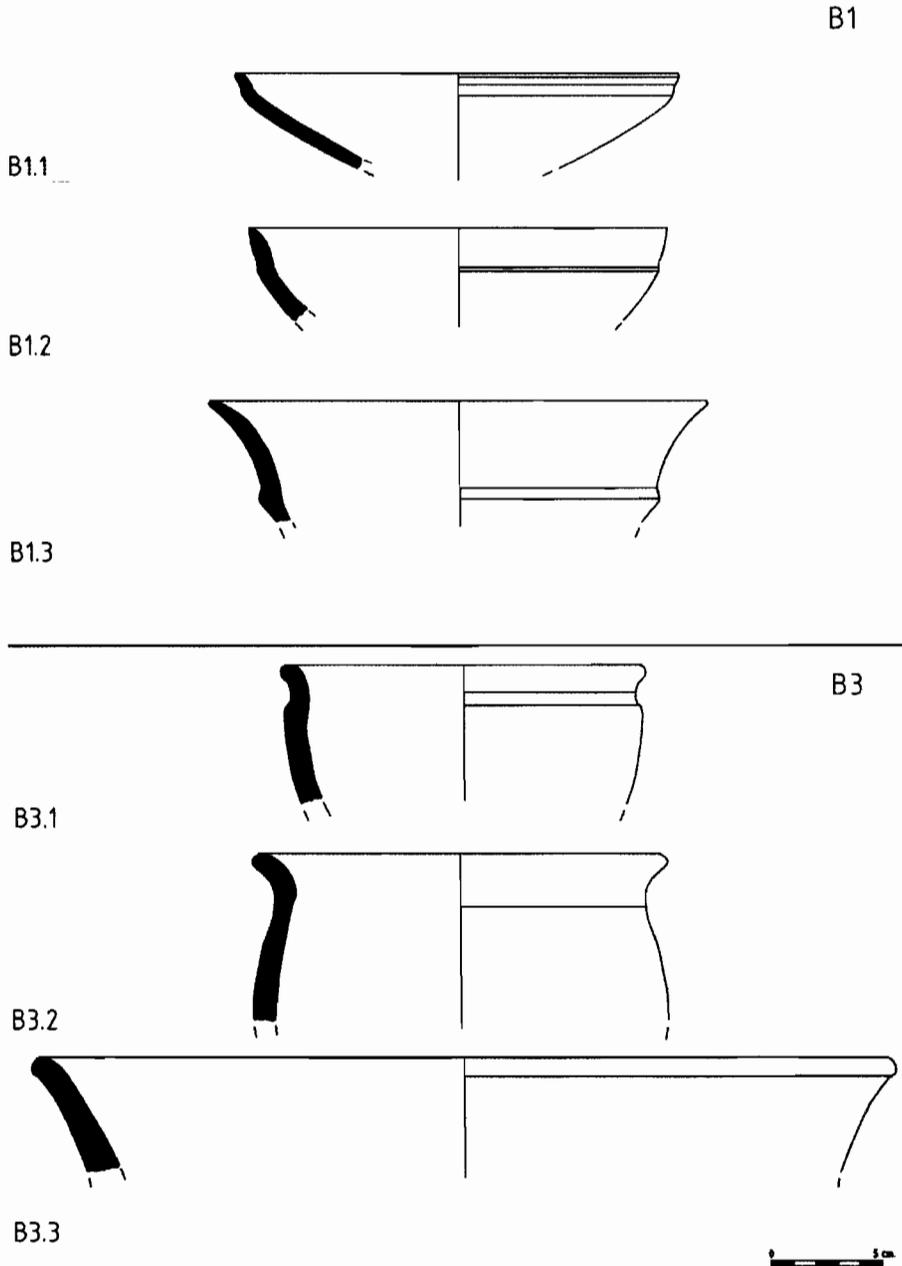


Fig. 5: Tabla tipológica cerámica a mano Tipos B1 y B3. Colina de los Quemados '92, Fase IV; finales s. VIII a.C. segunda mitad del s. VI a.C.

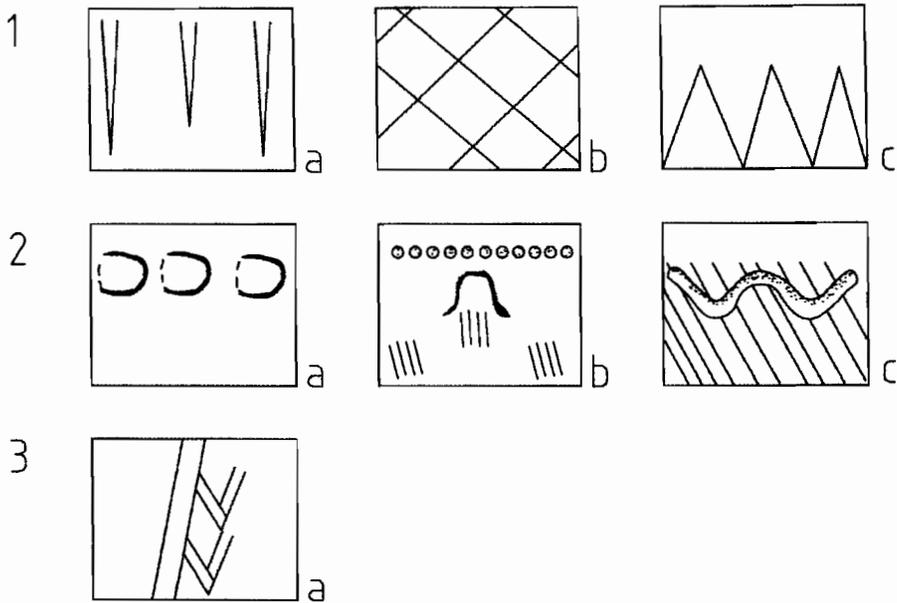


Fig. 6: Motivos decorativos cerámica a mano. Colina de los Quemados '92, Fase IV; finales s. VIII a.C. segunda mitad del s. VI a.C. 1, Cerámica Incisa. 2, Cerámica Impresa, peinada y D.P.S. 3, Cerámica Esgrafiada.

AUBET (1983). Las cronologías para los recipientes B3, como se manifestó anteriormente, es relativamente amplia pero tanto las decoraciones aquí expuestas como los rebordes algo más desarrollados que los anteriores y predominantemente cóncavos los hacen típicos de los ambientes orientalizados (MURILLO, 1994:306).

Las decoraciones esgrafiadas, incisas, plásticas aplicadas y peinadas se presentan con cierta asiduidad sobre los recipientes B3. Debemos destacar los motivos geométricos triangulares realizados por medio del esgrafiado (Fig. 6: 3a), las digitaciones a la altura de la carena (Fig. 6: 2a), los reticulados de líneas incisas³⁶ (Fig. 6: 1b) o aquellos recipientes que acogen simultáneamente decoración plástica aplicada, peinada e impresa³⁷ (Fig. 6: 2b y 2c).

³⁶ Cerro Macareno, con una cronología entre el s. VIII y el s. VII a. C. presenta en la fig. 67:659 (PELLICER *et alii*, 1983) un recipiente de similares características al nuestro.

³⁷ El paralelo más cercano para nuestro recipiente, tanto por la decoración como por las dimensiones es el fragmento nº 2084, fig. 4.81 del nivel 5 de Saetilla, con una cronología entre el 700 a. C. y el 650 a.C. (MURILLO, 1994).

La Cerámica a torno

Esta nueva familia dentro de la cerámica del Bronce Final es considerada como el hito cronológico más importante de la Protohistoria Andaluza. Su aparición marca el punto de inflexión a partir del cual el mundo Tartésico Precolonial se va adaptando al nuevo orden socioeconómico, impulsado a través de los contactos comerciales de las factorías fenicias.

Al avance tecnológico de los hornos cerámicos, los sistemas de decantación y depuración de pastas debemos unir otros no menos importantes como la inclusión del Valle del Guadalquivir en el circuito comercial mediterráneo (MURILLO, 1994:235).

La implantación de los productos cerámicos torneados conlleva ciertas diferencias de fechas según la zona geográfica en la que nos encontremos. Murillo distingue tres momentos (MURILLO, 1994:fig.5.70; 238-240) en primer lugar, el asentamiento de las factorías y colonizaciones del litoral encuadrado en la primera mitad del s. VIII a.C; por otro, los primeros contactos entre fenicios y asentamientos indígenas, que se recogen ya en el primer tercio del s. VIII a. C en la zona de Huelva y el Bajo Guadalquivir; y, por último, la incorporación al “comercio colonial” desde finales del s. VIII y principios del VII a.C. de la zona del Valle Medio del Guadalquivir y la Campiña de Sevilla y Córdoba.

La mayoría de las estratigrafías presentan unas cronologías acordes a lo expuesto. Los yacimientos del entorno de Córdoba como La Saetilla (MURILLO, 1994; 132-188) o Ategua (BLANCO, 1983: 95-135) ofrecen unas fechas que van del tránsito del VIII-VII a.C. y de la segunda mitad del VII a.C., respectivamente.

Para Cerro Macareno y El Carambolo se han corregido algunas de las fechas iniciales propuestas tras su excavación³⁸. En Castillo de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986: 543) se documentan los primeros productos a torno en la primera mitad del s. VIII a. C. Y finalmente en la zona de Huelva, representada por la estratigrafía del Cabezo de San Pedro se rastrean los primeros contactos comerciales en los años centrales del VIII a.C. (RUFETE, 1990: 384-386).

Estas cronologías contrastan y difieren con los materiales del Llanete de los Moros clasificados como micénicos (MARTÍN DE LA CRUZ, 1989: Fig. 6 y 7, pp.131) y datos alrededor del 1100 a.C. (MARTÍN DE LA CRUZ, 1987: 205-206), y que por el momento plantea una cuestión de difícil interpretación.

³⁸ En el primer asentamiento puede intuirse gracias a determinados fragmentos “Bicrome Ware” con cronologías de la segunda mitad del s. VIII a.C. (MURILLO, 1994: 336); El Carambolo (CARRIAZO, 1970) centra su problemática en el hecho de ver desde los primeros niveles del poblado cerámicas a torno o no, tanto ESCACENA (1987: 280) como PELLICER-AMORES (1985) encuadran la cronología de base alrededor del 730 a. C. y en un contexto donde la influencia colonial está ya presente.

La cerámica a torno no decorada

Los recipientes sin decoración son minoritarios en la fase IV del C-1 de Colina de los Quemados, y no suponen ni tan siquiera el 5% del material recuperado. A nivel tipológico no encontramos mejor panorama, se distingue una serie de fragmentos de superficies toscas y cocciones muy irregulares, con manchas de quemado al exterior, que indica su función como vajilla de cocina. Morfológicamente se caracterizan por unos rebordes medianamente desarrollados con bordes redondeados o ligeramente apuntados, cuello con pequeño estrangulamiento y cuerpo elipsoide o de tendencia globular. El antecedente más directo de estos recipientes se encuentra directamente ligado a la cerámica a mano, Tipo B3.

Las ánforas quedan representadas gracias a un fragmento perteneciente a una base. Siguiendo la tipología de DOMÍNGUEZ *et alii* (1988) podría encuadrarse genéricamente en la Clase I, denominada comúnmente como “ánfora de saco” -de origen fenicio- o al tipo A de PELLICER (1978:fig. 13 A). Para el poblado del Carambolo se documentan desde la segunda mitad del s. VIII a.C. hasta el siglo VI a.C., tipo desde el cual evolucionarán las futuras producciones locales (FLORIDO, 1985: 510-511).

*La cerámica a torno decorada*³⁹

La fase IV de Colina de los Quemados presenta dos grandes grupos de cerámicas a torno decoradas, por un lado la pintada monocroma y por otro la cerámica gris. Como grupos minoritarios se muestra el engobe rojo⁴⁰ y la cerámica orientalizante.

La cerámica a torno pintada.

El dominio de la decoración monocroma es patente desde un primer momento, paulatinamente los valores de la bicromía no excesivamente altos, van disminuyendo hasta su práctica desaparición en las siguientes fases. La Saetilla constata este hecho en el nivel 1 del corte D-4, con una cronología de mediados del s. VI a.C. (MURILLO, 1994:346).

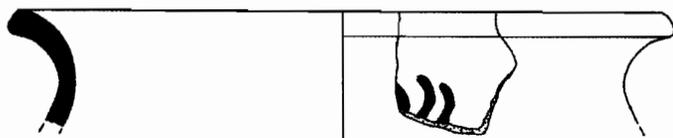
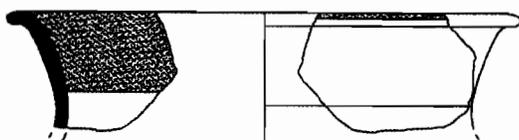
A nivel formal y debido al grado de fragmentación del material se hace muy difícil una catalogación exhaustiva en relación a subtipos y variables. Dentro del inventario de la cerámica a torno pintada de esta fase IV, se distinguen dos grandes grupos⁴¹: en un primer lugar, recipientes de cuello desarrollado con grupos de asas de doble y triple nervio que nacen desde el labio y, por otro, las denominadas urnas “cruz del negro” (Fig. 7).

³⁹ Las primeras unidades estratigráficas -dominadas aún por la producción a mano- no ofrecen unos valores claros de comportamiento de la cerámica a torno. Desde la UE 92 el panorama cambia, tanto los valores como las formas cerámicas documentadas a partir de esta UE favorecerán al análisis tipológico del material.

⁴⁰ El C-1 de Colina de los Quemados en su Fase IV no aporta ni calidad ni cantidad al repertorio de las cerámicas de engobe rojo, producción analizada y sistematizada en NEGUERUELA (1980), RUFETE (1989:375-394) o MURILLO (1994:347-345).

⁴¹ Como se apuntaba ya en el informe de excavación (MURILLO, 1996).

P8



P7

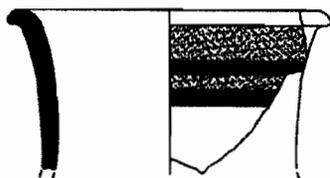


Fig. 7: Tabla tipológica cerámica a torno Tipos P7 y P8, Colina de los Quemados '92. Fase IV; finales s. VIII a.C. segunda mitad del s. VI a.C.

El primero de nuestros grupos corresponde al P8 de MURILLO (1994:368), el cual queda reflejado como uno de los tipos cerámicos más comunes de la Cuenca Media del Guadalquivir, especialmente en asentamientos de primer orden. Sus prototipos se han buscado en tierras fenicias y palestinas (BELEN-PEREIRA, 1985:323) rastreándose su presencia desde el s. VIII a.C. en la Península Ibérica; para estos investigadores su II.2.B.b.2. fue un modelo bien asimilado por los alfares indígenas, que ya en el S. VI había sido incluido dentro del repertorio cerámico andaluz, sin abandonarse hasta el s. III a.C. La decoración se presta tanto a la monocromía como a la bicromía, si bien esta última es un rasgo propio de los ejemplares más antiguos. Algunos testimonios de este tipo son los documentados en el Cerro de la Mora (PASTOR *et alii*, 1981: fig.5), Alhonor en el estrato VI (LOPEZ PALOMO, 1981:fig. 35) o la Saetilla D-4, de mediados del s. VII (MURILLO, 1994: fig.4.80: 1811), si bien los ejemplos más espectaculares han sido los hallazgos de Montemolín (CHAVES-BANDERA, 1987) y de la Casa- Palacio del Marqués del Saltillo en Carmona (BELEN *et alii*, 1997:146-154) con decoración orientalizante.

A las denominadas “urnas cruz del negro”, P7 (MURILLO, 1994:367-368), forma XIII (ESCACENA, 1986: 475) y II.2.B.b.1 (BELEN-PEREIRA, 1985:316) podrían pertenecer determinados fragmentos recuperados en la intervención. El cuerpo de estos recipientes tiende a ser esférico, con cuello troncocónico o cilíndrico al cual se le realiza una pequeña moldura en la mitad de este y desde la cual nacen las dos asas, por lo general, de doble nervio; en ocasiones la moldura del cuello es sustituida por una franja de pintura negruzca (ESCACENA, 1986:475-504). Las decoraciones suelen presentarse con bandas y franjas paralelas tanto bícromas como monócromas. Su origen, al igual que el tipo anterior, debe buscarse en la zona más oriental del mediterráneo, si bien este último investigador apunta también su fuerte presencia en ambientes chipriotas. La zona occidental de Andalucía asimila pronto el modelo, estando presente en contextos funerarios y de hábitat, indistintamente. Toscanos (SCHUBART *et alii*, 1969, lams. I y V) es el primer asentamiento que constata ejemplares de este tipo en los años centrales del s. VIII a.C.; en la siguiente centuria se comprueba como este recipiente está plenamente integrado en los contextos estratigráficos del Valle del Guadalquivir, apuntándose su expansión hacia Extremadura (MURILLO, 1994:368) quizás a través del comercio abierto por la “vía de la plata” (ESCACENA, 1986:475-504). Las pautas de comportamiento están bien analizadas y se ha confirmado cómo este recipiente va desapareciendo poco a poco de Andalucía Occidental en el s. VI a.C. para ir asentándose tras un claro proceso de evolución formal en la Alta Andalucía y el Levante peninsular (MURILLO, 1994:368).

Los elementos decorativos pintados presentes en esta Fase IV (*Fig. 8*), corresponden a los definidos por ESCACENA (1986) como motivos 2, 35 y 42. Los trazos rectos verticales en paralelo agrupados a modo de triglifos o motivo 2 de Escacena resultan muy abundantes en el repertorio decorativo de la cerámica pintada; asociados a una buena parte de los motivos decorativos, debido a su función de compartimentación del espacio, su espectro cronológico abarca desde el s. VII al I a.C. (ESCACENA, 1986), documentándose en el Cabezo de San Pedro los ejemplares más antiguos (BELEN *et alii*, 1997:fig. 11).

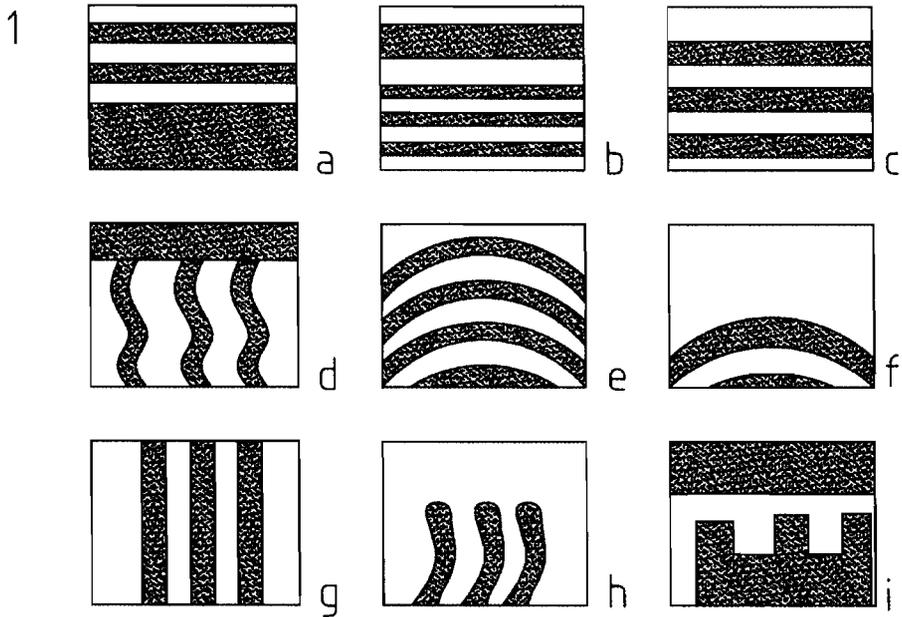


Fig. 8: Motivos decorativos cerámica a torno. Colina de los Quemados '92, Fase IV; finales s. VIII a.C. segunda mitad del s. VI a.C. 1, Cerámica pintada.

Los círculos concéntricos, o motivo 35 de Escacena, presentan un amplio abanico temporal. Se ha constatado cierta relación con productos chipriotas sobre todo para ciertos fragmentos del Carambolo (ESCACENA, 1986). La excavación de Luzón y Ruiz Mata en Colina de los Quemados sacó a la luz importantes fragmentos cerámicos con esta decoración (LUZÓN-RUIZ MATA, 1973: lam. XVI) en un contexto similar al nuestro.

Las líneas onduladas, conocidas también como “aguas”, presentan un basto número de ejemplares con dicho elemento ornamental. Las cronologías más antiguas del motivo 42 (ESCACENA, 1986) parecen estar relacionadas con ciertos materiales de Toscanos, fechados a finales del VIII a.C., y de origen griego, aunque dicho icono es frecuente en distintas zonas del Mediterráneo (ESCACENA, 1986: 1017). Carmona documenta algún ejemplo en contextos orientalizantes (CARIAZO-RADADTZ, 1960: fig. 10:2); en la intervención de 1966 en Colina de los Quemados, perteneciente al nivel 12 y en un momento orientalizante, se comprueba ya la presencia de esta decoración (LUZÓN-RUIZ MATA, 1973: lam. XVI, g).

En otro sentido, las pastas documentadas de la cerámica a torno pintada en esta fase se caracterizan por su gran variedad, si bien, se han de reseñar aquellas encuadrables en el

grupo A de MURILLO (1994:355) que se han identificado en los individuos con decoración bícroma. Esta heterogeneidad de las pastas se ha interpretado por parte de algunos investigadores como consecuencia de la producción de diversos alfares en tierras andaluzas. Este último investigador, en relación a la cerámica con decoración orientalizante, propone un centro de producción entre el Guadalquivir, Génil y Corbones (MURILLO, 1994:384). Si a esto añadimos las últimas investigaciones en Carmona que han puesto de manifiesto el carácter autóctono de algunas producciones de la “Casa Palacio del Marqués del Saltillo” (BELEN *et alii*, 1997), parece dilucidarse un panorama donde la producción de cerámica en los alfares del Valle Medio del Guadalquivir estaba totalmente diversificada y con posibles talleres especializados en determinadas familias cerámicas a mediados del siglo VII a.C.

La cerámica gris

La cerámica gris constituye en esta fase una de las producciones más interesantes, para su clasificación tipológica se ha seguido la planteada por MURILLO (1994:389-395), la cual ha tenido que ser ampliada en dos formas cerámicas más, G7 y G8⁴².

El tipo G1 (*Fig. 9*):

En esta forma abierta de perfiles simples, denominada como plato -20 de Caro, forma II a de Roos y tipo II de Belén-, se distinguen diversas variantes en relación al tipo de borde. El C-1 de Colina de los Quemados tan sólo ha documentado bordes engrosados -G1.3- y almendrados -G1.4-. Las dos variables presentan las superficies cerámicas muy cuidadas, donde abundan los bruñidos, alisados muy finos o espatulados con pastas cerámicas muy depuradas.

El G1.3 es un plato cerámico característico en contextos del s. VII y VI a.C., su presencia en el Valle del Guadalquivir es notable pero sin llegar a sobrepasar la siguiente centuria (CARO, 1989). Su aparición en la Fase IV de Quemados '92 es constante desde la UE 94; Luzón y Ruiz Mata ya en 1973 recuperaron ejemplares del tipo desde el nivel 12 (LUZÓN-RUIZ MATA, 1973: lam. XII b, XIV a-b) hasta el 9, fechado hacia el 500 a.C. (LUZÓN-RUIZ MATA: lam. XXXVIII g). Ategua documenta materiales encuadrables en este tipo en la primera mitad del s. VI (BLANCO, 1983: fig. 11,12), en Carmona, tanto en la intervención de Carriazo (CARRIAZO- RADATZ, 1960: fig. 11,17) como en las posteriores de PELLICER-AMORES (1985:154; fig. 60 i), reflejan una cronología del VII-VI a.C. para el Tipo G1.3, al igual que en el Cerro Macareno (PELLICER *et alii*, 1983: fig. 96,7), o el Cabezo de San Pedro en Huelva (BLÁZQUEZ *et alii*, 1979: fig. 66).

⁴² La primera de ellas equivaldría al tipo 14 de CARO (1989: 122), definida por su cuerpo de tendencia elipsoide o ligeramente cilíndrico y la presencia de un asa sobreelevada, que nace desde el mismo borde. El tipo G8 -ó 3 de CARO (1989:41-49)- es una forma cerámica de gran tradición en el repertorio de la cerámica a mano tartésica -equivaldría a nuestro tipo B2 de la cerámica a mano-.

El G1.4 se puede considerar una variante del anterior, cuya única diferencia radica en el perfil almadrado que presenta el borde. También resulta un plato muy dado a documentarse en estratigrafías datadas entre el s. VII y VI a.C.; para Caro es una forma que fosiliza modelos a mano precoloniales (CARO, 1989). El tipo G1.4 sólo queda representado en un individuo de la Fase IV, más concretamente en la UE 77 y su presencia en el Valle del Guadalquivir resulta escasa en comparación con otras formas.

El Tipo G3 (Fig. 9):

Cazuela carenada de perfiles compuestos y cuerpo hemiesférico, los bordes suelen presentarse labiados con rebordes poco desarrollados (MURILLO, 1994:395), se distinguen dos variantes en relación sus carenas suaves o abruptas.

La variante G3.1 se corresponde con los tipos 18 y 19 de CARO (1989), sus perfiles denotan claramente su vinculación con la producción de las cerámicas a mano tartesias de superficies cuidadas centrada en el Valle del Guadalquivir. Su espectro cronológico abarca los siglos VII y VI, documentando el tipo en Carmona (PELLICER-AMORES, 1985: fig. 60 a), Colina de los Quemados (LUZÓN-RUIZ MATA, 1973: lam. 27 d) y Cabezo de San Pedro (BLÁZQUEZ *et alii*, 1979: fig. 28, 193, 36) entre otros asentamientos.

La arquitectura de la cazuela G3.2 se relaciona con producciones fenicias de engobe rojo (CARO, 1989). Si bien este dato resulta evidente, los testimonios del G3.2 documentados en Colina de los Quemados 92 denotan cierta impericia por parte de la manos alfareras que las fabricaron y adoptan perfiles nacidos tanto del conocimiento de los productos orientales como de la tradición autóctona de la cerámica a mano. Indudable resulta, por tanto, su filiación a alfares netamente indígenas, los cuales comienzan las producciones a torno no sin ciertas vacilaciones, siendo éste el caso de los testimonios de Quemados 92. La cronología del tipo se encuadra entre el s. VII y VI a.C. como lo demuestran las estratigrafías de Huelva, en el Cabezo de San Pedro (BLÁZQUEZ *et alii*, 1979: fig. 36), o Córdoba (LUZÓN-RUIZ MATA, 1973: lam. XXIV a-d). Su relación con ciertos tipos de la vajilla de engobe rojo -ER 1 o ER 2 (MURILLO, 1994:351)- la hace frecuente fuera del área tartésica. Andalucía Oriental presenta perduraciones hasta el s. V a.C. en el Cerro de la Mora (CARRASCO *et alii*, 1979: figs. 38 y 81) o Cerro de los Infantes (MOLINA *et alii*, 1980: fig. 6).

El Tipo G4 (Fig. 9):

El G4, recipiente abierto de perfiles compuestos, cuerpo de casquete esférico y reborde cóncavo, se encuadraría en el tipo 17b de CARO (1989) (MURILLO, 1994:395). Se vincula directamente con la producción de determinados platos de engobe rojo y puede presentar diversas variaciones que lo relacionan en ocasiones con nuestras formas G3.2, siendo éste el caso de los recipientes del C-1 de Colina de los Quemados.

El Tipo G7 (Fig. 9):

Como reseñamos más arriba, es un tipo añadido a la tipología dada por Murillo. Aunque nuestro fragmento no conserva el asa sobreelevada, su perfil se acerca al modelo representado por Caro en su tipo 14 (CARO, 1989:122 ss.); pero tomamos esta vinculación con ciertas reservas debido a la ausencia del G7 en el Valle del Guadalquivir. La cronología dada por Caro es del VII-VI a.C. (CARO, 1989:126), quien argumenta la poca trascendencia del modelo de raíz fenicia en el Valle Medio del Guadalquivir debido a su funcionalidad doméstica y no comercial, que lo llevaría a no penetrar más allá del litoral andaluz.

El Tipo G8 (Fig. 9):

Forma típica de la cerámica a mano tartésica, correspondería a nuestros recipientes B2, el cual presenta prototipos desde el Bronce Medio – Setefilla (AUBET *et alii*, 1983: fig. 15 n° 1) o Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1987:fig. 20: n° 94)-. Este recipiente sigue caracterizado por sus superficies cuidadas y mantiene su formato de pequeño y mediano tamaño. Alhonz presenta un vaso de similares características al nuestro realizado a torno y fechado a mediados del s. VII a.C. (LOPEZ PALOMO, 1981: 105, fig. 38:1), de pasta negra y superficies cuidadas.

Las bases de la cerámica gris del C-1 responden básicamente a dos modelos, por un lado las planas y por otro las cóncavas. Dentro de estas últimas debemos diferenciar claramente aquellas que presentan un hundimiento en la zona central, que queda reflejado al interior del recipiente con una pronunciada convexidad u ónfalo. Este tipo de bases corresponde en la tipología de Caro a los recipientes 17 a, 17 b y 20 en todas sus variantes (CARO, 1989), o a nuestros tipos G1, G3 y G4.

Tras todo lo expuesto, creemos interesante reseñar que las pastas de estos recipientes, aunque depuradas, presentan una granulosidad y textura muy en la línea de las cerámicas a mano de la fase anterior; las cocciones son reductoras por lo general, pero se han documentado algunas oxidantes, que no afectan a la coloración de tonos grises oscuros y negruzcos de los vasos; el tratamiento de las superficies sigue la tradición de los acabados cuidados precoloniales, si bien sus calidades son algo inferiores. Quedando analizados, por tanto, sus aspectos morfológicos y tipológicos, nos parece indudable su vinculación a un taller indígena orientalizado, donde el peso de la vajilla de mesa precolonial es palpable junto a los repertorios coloniales. Cabe preguntarse si estas producciones provienen de un alfar perteneciente a la propia Colina de los Quemados o de algún otro centro productor del Valle del Guadalquivir que ha comenzado la comercialización de cerámicas grises a torno; cuestión importante, pero sin una respuesta precisa hasta que futuras intervenciones arqueológicas saquen a la luz los centros alfareros de producción y se generalicen los análisis de las pastas cerámicas⁴³ que puedan ratificar o no estas propuestas.

⁴³ Tras los resultados obtenidos en análisis formal de las cerámicas grises de Colina de los Quemados, creemos conveniente realizar futuros análisis en las pastas cerámicas.

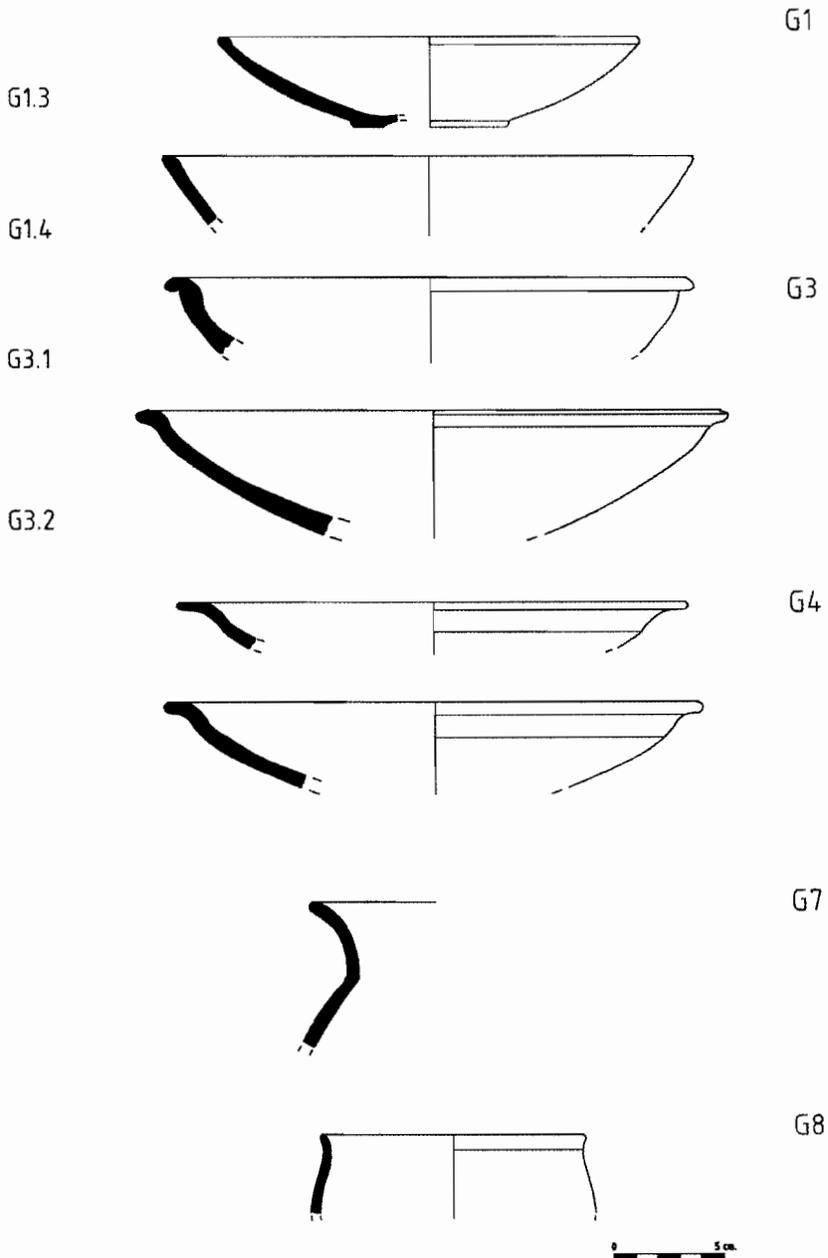


Fig. 9: Tabla tipológica cerámica gris, Colina de los Quemados '92. Fase IV; finales s. VIII a.C. segunda mitad del s. VI a.C.

La cerámica orientalizante

Las cerámicas con decoración orientalizante hacen acto de presencia en la estratigrafía del C-1 de Colina de los Quemados tan sólo en las UUEE 91, 86 y 81. El grado de fragmentación de ésta impide un análisis tipológico, morfológico e iconográfico; fenómeno, por otra parte, generalizado en los distintos asentamientos donde se han recuperado materiales de este tipo (MURILLO, 1989), salvando honrosas y espectaculares excepciones, como los casos de Montemolín (CHAVES-BANDERA, 1987) o Carmona (BELEN *et alii*, 1997), que han permitido la reconstrucción de los recipientes y de sus iconografías.

Entre los motivos ornamentales documentados en la Fase IV distinguimos tan sólo elementos figurados y geométricos de forma genérica, sin poder llegar a una adscripción más detallada a partir de las distintas variantes decorativas de los dos grandes grupos sistematizados por MURILLO (1989; 1994: fig. 5.91, 5.92). Las pastas, muy bien depuradas, han sido sometidas a cocciones oxidantes o mixtas -nervio de cocción-, sus superficies son generalmente, al interior alisadas, y alisadas finas al exterior con un fino engobe blanquecino que sirve de base para la decoración. A modo de resumen, los aspectos físicos de nuestros individuos en un simple análisis visual se asemejan a las pautas ya advertidas en las publicaciones arriba mencionadas pero poco aportan -tan sólo su presencia- al conjunto de cerámicas orientalizantes documentadas en Andalucía.

El recipiente más dado a recoger representaciones ornamentales de gusto oriental es el conocido como P8 (MURILLO, 1994: 368) o II.2.B.b.2 (BELEN-PEREIRA, 1985), publicaciones a las cuales nos remitimos para el estudio y problemática de las tipologías en cerámicas con decoración orientalizante. Los prototipos iconográficos y las influencias decorativas también han sido objeto de profundos análisis (MURILLO, 1989; CHAVES-BANDERA, 1986; BLÁZQUEZ, 1998: 93-115) vinculándose claramente a una "*Koiné*" mediterránea que aportó todo un repertorio de elementos ornamentales, que fueron asimilados, sintetizados y reinterpretados por cada una de las culturas que los recibió. Las mercancías, denominadas "invisibles", pudieron desempeñar un papel trascendental, como vehículo de transmisión (MURILLO, 1994: 389), además, claro está, de ciertos artículos de lujo como marfiles y joyas (BLÁZQUEZ, 1998). Los espectaculares iconos de estas cerámicas han sido interpretados y relacionados por ciertos investigadores como objetos cercanos a funcionalidades religiosas (CHAVES-DE LA BANDERA, 1986: 143; BELEN *et alii*, 1997; ESCACENA, 2000).

Las cronologías aceptadas por la comunidad científica para estas peculiares cerámicas abarcan los años centrales del s. VII hasta el siglo VI a.C. Desde sus primeros descubrimientos, esta producción se vio claramente vinculada a un periodo orientalizante de nuestra Protohistoria (REMESAL, 1975), que posteriormente, durante los últimos años del siglo XX y gracias a las secuencias estratigráficas de Cerro Macareno (PELLICER *et alii*, 1983), Carmona (PELLICER-AMORES, 1985; BELEN *et alii*, 1997), Montemolín (CHAVES-BANDERA, 1984; 1988), Saetilla (MURILLO, 1989; 1994) o Cerro de los Alcores (ARTEAGA, 1988) se encargaron de confirmar, perfilar y matizar.

Los centros de producción presentan un panorama algo menos homogéneo, discutiéndose su filiación a talleres fenicios o autóctonos orientalizados. Ante este panorama cabe preguntarse por la necesidad básica y primigenia que llevó a cierto taller o talleres a iniciar una producción específica para cubrir, de este modo, la demanda que existió en la zona del Valle Medio del Guadalquivir⁴⁴, territorio de mayor concentración de cerámica orientalizante (MURILLO, 1994). Tanto si se acepta como si no, que el inicio fue originado directamente por un considerable contingente poblacional fenicio implantado en la Depresión del Guadalquivir (BELEN *et alii*, 1997; BLÁZQUEZ, 1998; ESCACENA, 2000), su fabricación debió acontecer necesariamente en un alfar fenicio asentado en tierras Andaluzas o al menos indígena fuertemente orientalizado (MURILLO, 1994), aunque el estado de la cuestión impide por el momento decantarse razonablemente hacia una u otra postura.

La ubicación del alfar o alfares parece rastrearse entre el territorio limitado por Montemolín, Mesa de Setefilla, La Saetilla y Carmona. Este hecho explicaría la homogeneidad de las técnicas de fabricación, la concentración del material en las Campiñas de Sevilla y Córdoba y la iconografía reinterpretada pero ortodoxa en relación a otras producciones del Mediterráneo Oriental (MURILLO, 1994). Los análisis practicados a los “pithoi” de Carmona confirman ese autoctonismo, sobre todo en las piezas B y C, descartando una producción foránea (BELEN *et alii*, 1997).

La funcionalidad de los recipientes, que hasta hace muy pocos años se había vinculado claramente al ámbito doméstico, como recipiente de contención para productos imperecederos -aceite, miel,...- en manos de las oligarquías locales (MURILLO, 1994:386), ha dado un cambio considerable tras la intervención en el Palacio del Marqués del Saltillo en Carmona, donde se documentan estas cerámicas en un ámbito interpretado como edificio religioso (BELEN *et alii*, 1997:135-188).

Particularmente creemos que tanto una como otra función pudieron ser compatibles. Su presencia en contextos religiosos se justificaría con base en una población fenicia asentada más allá del litoral andaluz, que debe considerarse como probable al menos en la zona de Carmona, y que pudo, a su vez, ser el germen que estimuló el inicio de una producción tan peculiar como ésta. La utilización de estos contenedores en ambientes domésticos se explicaría debido a una atracción por parte de las oligarquías locales (MURILLO, 1989 b:160) sobre este artículo “novedoso”, a cuales la habrían incorporado como cerámica de lujo y ostentación de poder. No debemos olvidar su frecuencia de aparición en zonas de hábitat (MURILLO, 1989 a:93)

⁴⁴ Parece que la ausencia de materiales con decoración orientalizante en el Bajo Guadalquivir (MURILLO, 1989. 1994), puede ir paulatinamente cubriéndose con determinados materiales pertenecientes al yacimiento gaditano de Castillo de Doña Blanca (BELEN *et alii*, 1989:186). También MANCEBO (1998: 13-24) hace alusión a este hecho y apunta una cierta presencia en la zona Baja del Valle de Guadalquivir.

El estado actual de la investigación no aconseja una postura mecanicista donde toda cerámica oriental propicie una vinculación directa, sin más argumentos, a contextos exclusivamente sacros. La interpretación del “ámbito 6” del Saltillo como santuario no la encontramos de ningún modo desacertada a tenor de todo el material recuperado -cucharillas de marfil, copas de cerámica gris,...- pero la aparición de este tipo de cerámica tampoco es un elemento suficiente como para descartar radicalmente su presencia en otros contextos como el doméstico. Tan sólo un factor es claro a partir de la tipología de los recipientes y su elaborada técnica ornamental, y ese no es otro que el marcado carácter restringido de la producción y por consiguiente de su funcionalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTEAGA, O. (1988): “Excavaciones arqueológicas sistemáticas en el Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén). Informe preliminar sobre la campaña de 1985”, *AAA '85* vol. II, pp. 279-288.
- AUBET M. E. *et alii*, (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña 1979*, E.A.E. 122, Madrid.
- AUBET, M. E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla)*, Barcelona.
- BELEN, M. *et alii*, (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del marques de Saltillo*, Sevilla.
- BELEN, M. (1976): “Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva”, *RABM* 4, pp. 333-388.
- BELEN, M.; PEREIRA, J., (1985): “Cerámica a torno con decoración pintada en Andalucía”, *Huelva Arqueológica* 7, pp. 307-360.
- BLANCO, A. (1983): “Ategua”, *N.H.A.*, 15, pp.95-135.
- BLÁZQUEZ, J. M. *et alii*, (1979): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva)*, E.A.E. 102, Madrid.
- BLÁZQUEZ, (1998): “Temas religiosos en la pintura vascular tartésica e íbera y sus prototipos del próximo Oriente Fenicio”, *Lucentum* 17-18, pp. 93-116.
- CABRERA, P. (1981): “La cerámica pintada de Huelva”, *Huelva Arqueológica*, 5, pp. 317-335.
- CARO, A. (1989): *Cerámica gris a torno tartesia*, Cádiz.
- CARRASCO, J. *et alii*, (1982): Cerro de la Mora I (Moraleta de Zafayona, Granada), *N.A.H.* 13. pp. 7-164
- CARRASCO, J *et alii*, (1985): “Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fibula de codo del Cerro de la Miel (Moraleta de Zafayona, Granada)”, *C.P.U.Gr.*, 9, pp. 265-333.
- CARRIAZO, J. de M. (1970): *El tesoro y las primeras excvaciones de El Carambolo (Camas, Sevilla)*, E.A.E., 68, Madrid.

- CARRIAZO, J. de M; RADATZ, K. (1960): "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona", *Arch. Hisp.*, 103-104. pp. 333-369.
- CHAVES, F.; BANDERA, M. L. (1984): *Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)*, *B.A.R. Int. Ser.*, 193, pp.141-186.
- CHAVES, F.; BANDERA, M. L. (1986): "Figürlich verzierte Keramik aus dem Guadalquivirgebiet. Die funde von Montemolín (bei Marchena, Sevilla)", *M.M.* 27, pp. 117-150.
- CHAVES, F.; BANDERA, M. L. (1988): "Excavaciones en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla) 1985", *A.A.A.* '85, II, pp. 369-375.
- DOMÍNGUEZ, M. C. *et alii*, (1988): "Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)", *N.H.A.* 30, pp. 121-186.
- ESCACENA, J. L. (1980): "La cerámica ibérica de la mesa de Setefilla (Sevilla)", *Pyrenae*, 15-16, pp. 181-210.
- ESCACENA, J. L. (1986): *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*, Tesis Doctoral (inédita) Universidad de Sevilla.
- ESCACENA, J. L. (1987): "El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir", *Iberos*, pp. 273-298.
- ESCACENA, J. L. (1989): "Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida", *Tartessos, Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp. 433-476.
- ESCACENA, J. L. (2000): *La Arqueología Protohistórica del Sur de la Península Ibérica*, Madrid.
- ESCACENA J. L.; FRUTOS, G. (1985): "Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)", *N.A.H.* 24, pp. 7-90.
- FLORIDO, C. (1985): "Las ánforas del poblado orientalizante e iberopúnico del Carambolo (Sevilla)", *Habis* 16, pp. 487-516.
- LADRON DE GUEVARA, I. *et alii*, (1992): "Materiales inéditos de Setefilla (Lora del Río, Sevilla)", *SPAL* 1, pp. 293-312.
- LOPEZ PALOMO, L. A. (1981): "Alhonz: excavaciones 1973-1978", *N.A.H.* 11, pp. 33-138.
- LUCAS PELLICER, R. (1995): "Cerámicas con apliques de metal", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 35, pp. 107-122.
- LUZÓN, J. M. (1973): *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña 1970)*, *E.A.E.* 78, Madrid.
- LUZÓN J. M.; RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, Córdoba.
- MANCEBO, J. (1998): "La cerámica pintada figurativa orientalizante de la Cuenca Baja del Guadalquivir", *Antiquitas* 9. pp. 13-24.
- MARCOS POUS, A. (1977): "Aportaciones a la localización y conocimiento de la Corduba prerromana", *Ampurias* 38-40, pp. 415-423.

- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1987): *El Llanete de los Moros. Montoro, Córdoba, E.A.E.* 151, Madrid.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1989): "El Bronce en el Valle Medio del Guadalquivir", *Tartessos, Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp. 121-143.
- MOLINA, F. *et alii*, (1982): "Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La Campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes", *C.A.N.* 26, pp. 689-707
- MORENA, J. A. (2000): *Las Cerámicas Tartésicas con decoración incisa y digitada del Monte Horquera (Nueva Carteya, Córdoba)*, Córdoba.
- MURILLO, J. F. (1989 a): "Las cerámicas policromas con decoración figurada y geométrica de la Saetilla (Palma del Río, Córdoba) en el marco de las cerámicas orientalizantes andaluzas", *Ariadna* 6, pp. 65-102.
- MURILLO, J. F. (1989 b): "Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante", *Cu.P.A.U.A.M.* 16, pp. 149-167.
- MURILLO, J. F. (1991): *Análisis del poblamiento durante el Bronce Final y el Periodo Orientalizante en la Cuenca Media del Guadalquivir*, Tesis Doctoral (inédita), Universidad de Córdoba.
- MURILLO, J. F. (1994): *La Cultura tartésica en el Guadalquivir Medio*, *Ariadna* 13-14, Córdoba.
- MURILLO, J. F. (1996): "Nuevos trabajos arqueológicos en Colina de los Quemados: El Sector del Teatro de la Axerquía (Parque Cruz Conde, Córdoba)", *A.A.A.* '92 vol III, pp. 188-199.
- NEGERUELA, I. (1980): "Sobre la cerámica de engobe rojo en España", *Habis*, 10-11, pp. 335-359.
- PACHON J. A. *et alii*, (1979): "Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil", *C.P.U.Gr.* 4, pp. 295-344.
- PASTOR, M. *et alii*, (1981): "Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona, Granada)", *N.A.H.* 12, pp. 135-158.
- PELLICER, M. *et alii*, (1983): *El Cerro Macareno, E.A.E.* 124, Madrid.
- PELLICER, M. (1978): "Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Habis* 9, pp. 365-401.
- PELLICER, M. (1980): "Ensayo de periodización y cronología tartésica y turdetana", *Habis* 10-11, pp. 307-333.
- PELLICER M.; AMORES, F. (1985): "Protohistoria de Carmona. Los Cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B", *N.H.A.* 22, pp. 57-189.
- PEREIRA, J. (1988): "La cerámica ibérica de la Cuenca de Guadalquivir I. Propuesta de Clasificación", *TP* 45, pp. 143-173.

- REMESAL, J. (1975): "Cerámicas orientalizantes andaluzas", *AEspA* 48, pp. 3-22.
- ROOS, A. M. (1982): "Acerca de la antigua cerámica gris a torno en la Península Ibérica", *Ampurias* 44, pp. 43-70.
- RUFETE, P. (1989): "La cerámica con barniz rojo de Huelva", *Tartessos, Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp. 375-393.
- RUIZ MATA, D. (1979): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977*, E.A.E. 102, Madrid.
- RUIZ MATA, D. (1986): "Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)", *Los Fenicios en la península Ibérica*, vol. I, pp. 241-263.
- RUIZ MATA, D. (1988): "Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final. Estilo Carambolo o Guadalquivir I". *Cu.P.A.U.A.M.* 13-14, vol. I, pp. 225-243.
- RUIZ MATA, D.; FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte*, *Huelva Arqueológica* 8, Huelva.
- RUIZ MATA, D.; GONZALEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): "Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana", *SPAL* 3, pp. 209-256.
- RUIZ MATA, D.; PEREZ, C. (1989): "El túmulo I de la Necrópolis de las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz)", *Tartessos, Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp.287-295.
- SCHUBART, H. *et alii* (1969): *Toscanos, excavaciones de 1964*, E.A.E. 66, Madrid.
- SERNA, M. R. (1989): "El vaso Campaniforme en el Valle del Guadalquivir", *Tartessos, Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp.47-84.
- VALLEJO SANCHEZ, J. (1999): "Las decoraciones Bruñidas en las cerámicas grises orientalizantes", *SPAL* 8, pp. 85-100.